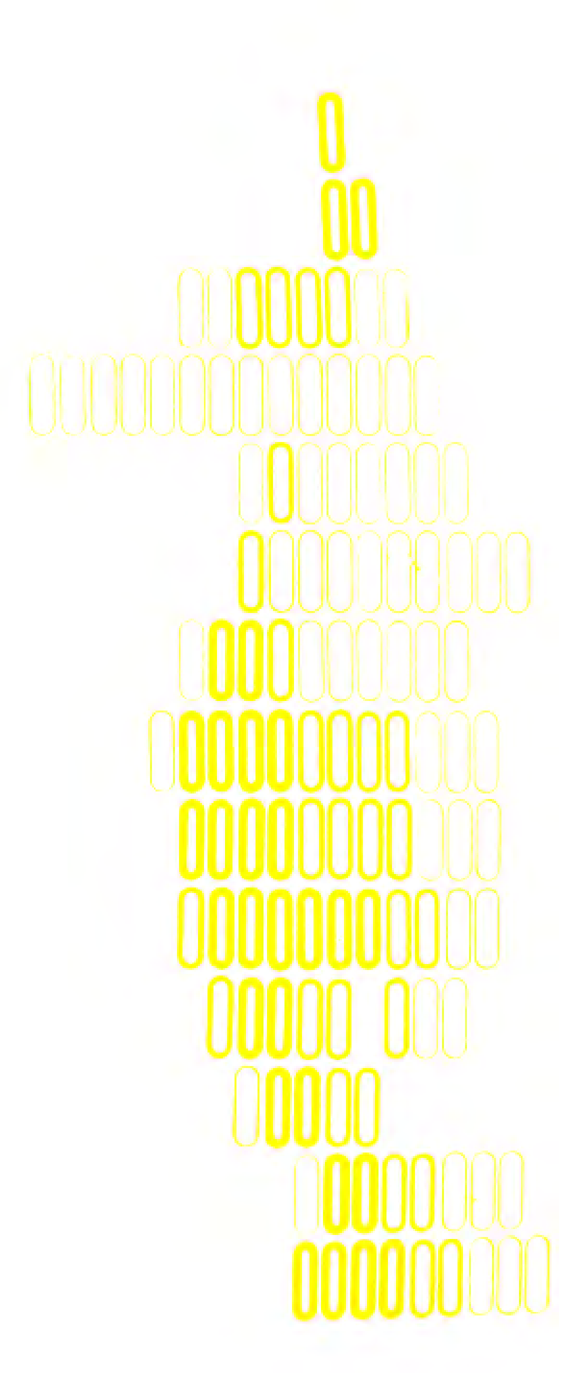
las creaciones de la existencia

Jacobo
Grinberg
Zylberbaum

Comentarios
número 3

trillas



Las creaciones de la existencia

Jacobo Grinberg Zylberbaum

Comentarios número 3



Editorial Trillas
México, 1976

Primera edición, febrero 1976

La presentación y disposición en conjunto de
LAS CREACIONES DE LA EXISTENCIA
son propiedad del editor. Prohibida la reproducción
parcial o total, por cualquier medio o método,
de esta obra sin autorización por escrito del editor

Derechos reservados conforme a la ley
© 1976, Editorial Trillas, S. A.
Av. 5 de Mayo 43-105, México 1, D. F.

Miembro de la Cámara Nacional de la
Industria Editorial. Reg. núm. 158

Impreso en México

Esta obra se terminó de imprimir el día 10 de febrero de
1976, en los talleres de Litográfica Cultural Mexicana, S. A.,
Centeno 590, Col. Granjas México, México 8, D. F.

Se tiraron 2 000 ejemplares
más sobrantes de reposición

Introducción y dedicatoria

Este libro trata de las creaciones de la existencia. Creaciones del mundo y su hacedor: el hombre. Entre el universo que nos rodea y nuestra percepción del mismo existe un abismo misterioso. La luz que vemos y el sonido que oímos no se encuentran como tales en lo externo. Son el producto de nuestra actividad cerebral.

Sin embargo, ni aun en ésta hay nada que se les asemeje. Ni la actividad de una neurona aislada ni la de una población neuronal gigantesca son en sí mismas la luz o el sonido. Tampoco lo son los cambios de presión en el aire o la interacción electromagnética.

Construimos nuestras cualidades perceptuales y en base a esta construcción describimos el mundo. Es por ello que somos los creadores. . .

Quiero dedicarlo a E. Roy John y Alfredo Toro.

Agradecimiento

Deseo agradecer al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) y a su director, el licenciado Gerardo Bueno Zirión, toda la ayuda y apoyo que me brindaron para la realización de esta obra.

Indice general

PRIMERA PARTE CUENTOS

SEGUNDA PARTE COMENTARIOS

parte 1



El puente

Faltan exactamente treinta minutos, la cita es a las tres de la tarde. El vuelo 226 sale dentro de 18 minutos. La sinfonía duró 47 minutos y veinte segundos, aunque hay quienes la tocan a ritmo más rápido y la hacen durar menos. ¿Te enteraste? El tiempo de latencia en el último experimento disminuyó 25 milisegundos, es indudable que vamos por buen camino. Ordeñar una vaca con el sistema antiguo llevaba 86 segundos más que el método moderno. Me quedé en el museo tres horas y media, algunas esculturas eran tan bellas que permanecí observándolas más de media hora. ¿Cuántos años tienes? ¿Sabes?, dicen que le llevó tres años escribir el libro. Caramba, sólo le dieron una sentencia de siete años. El parto duró ocho horas, pobrecita, ¿no crees? El reloj atómico vibra un millón de veces por segundo, por tanto, su error de medición es desdeñable. Esa nube va a tardar tres minutos en atravesar la ciudad. Utilice nuestro sistema de transporte, le ahorrará tres minutos en cada viaje. Llevo dos años aguantándote. Por favor, apúrate; tienes diez minutos saboreando tu taza de chocolate. El proceso digestivo tarda más en completarse cuando no hay suficiente aporte sanguíneo. ¡Qué bien inyectas!, te tardaste menos de cinco segundos...

Estaba lloviendo, el puente de metal húmedo y oxidado reflejaba la luz como si una descarga eléctrica lo estuviese alumbrando. Pedro se acercaba; a su lado pasaba el río y aunque era temporada de lluvia, las piedras del fondo alcanzaban a sobresalir, agudas y amenazantes. La vegetación era selvática, y Pedro sentía que estaba dentro de un invernadero. Era delicioso bajar de la montaña para ir al pueblo a visitar al amigo. Hoy tenía muchas cosas que contarle, la comuna pasaba por un momento de crisis, probablemente había sido erróneo permitir que esa gente siguiera tratando de definirlos. Pedro se acercaba al puente y en ese momento tuvo la impresión de que algo iba a suceder. Ya estaba acostumbrado a sentir esas impresiones y siempre acertaba; se enfrentaría a una estructura que aún no había sido capaz

de destruir. Por un instante un pensamiento apareció, Pedro trató de fijarlo pero fue tan rápido que no lo logró, sólo quedó una sensación de grandeza mezclada con impotencia.

Todavía trataba de recordar cuando aquello sucedió...

Los compañeros que venían con Pedro sólo vieron una figura resbalándose del puente y cayendo al vacío, hacia el río y las rocas, era, pensaban, la muerte de Pedro...

Pedro lo recordó en el instante en que sintió que perdía el equilibrio, volteó a ver el río y se vio a sí mismo resbalando... —¡Es esto por fin, llevo tres años preparándome y he aquí que sucede! Ahora sabré si he aprendido lo suficiente. La caída era lenta, tanto que Pedro observaba todos sus movimientos. En un giro se quedó mirando el cielo y decidió rodearse de una esfera del mismo color. Todo era azul, y en medio, Pedro, tranquilo y seguro al darse cuenta de que iba a durar una eternidad. Su vida empezó a volver, era un niño, jugaba en el jardín, hablaba con su perro y perseguía las hojas que caían de los árboles. Vivió toda su niñez y aquella adolescencia llena de estímulos, de apariciones de universos y realidades, después su vida en la comuna, el modo en que se había formado y todo lo que había aprendido. La esfera continuaba, era imposible destruirla, habían pasado años y la esfera seguía, sosteniendo su vida y su historia. Pedro se vio a sí mismo, movió sus brazos y sus piernas flotantes; era su decisión, sólo consistía en querer que ocurriera sin preguntarse nada, simplemente en tener la certeza absoluta.

Súbitamente, la esfera desapareció, el momento estaba muy cerca, algo estaba fallando. Pedro se concentró tratando de que reapareciera lo azul, y en ese instante llegó a las rocas, sintió el golpe y se vio rebotando tres veces, cada una más lenta y despacio que las anteriores y después vino el dolor. Era terrible, todo el cuerpo lo sentía como un grito cortante y rasposo, de las muñecas y de los tobillos brotaba sangre, y todo como resultado inescapable de una historia y una vida. En ese momento la esfera azul reapareció, el dolor se olvidó y todo volvió a detenerse.

Tercera llamada, tercera..., dentro de un minuto comenzará la función; hagan favor de ocupar sus asientos. Podemos encender, señor, los motores tardan exactamente 12 segundos en arrancar. Trae los caballos dentro de dos minutos, si no, llegaremos tarde a la cita. El doctor dijo que estaría aquí dentro de treinta minutos. La luz se iría en 32 segundos. Qué lástima; las baterías sólo nos permitieron oír 16 minutos de la grabación. El latido no se presentó en el instante en que lo esperábamos, sino 200 milisegundos después. Es una desgracia, pero tengo taquicardia. La reunión fue muy aburrida, pues se prolongó dos horas.

El jardín

Una superficie verde cubierta de rocío, olor a flores y un vientecillo suave formado por el batir de las alas de mariposas. Una sombra fresca y un calor húmedo, tranquilo y sereno. Una niña y un adulto.

—¿Sabes? —le decía el adulto a la niña—, últimamente he pensado que la vida es difícil y todos tratamos de encontrarle un sentido y nos martirizamos pensando en nuestras obligaciones y responsabilidades. Lo que nos rodea nos aprisiona y nunca coincide con nuestros deseos. Yo, por ejemplo, quisiera ser libre, hacer lo que me viniera en gana y sentirme feliz, sin embargo, no lo puedo hacer; a veces pienso que lo mejor sería huir y dejar de enfrentarme a tanta dificultad.

La niña se acercó al adulto, se sentó en sus piernas y le pasó sus bracitos alrededor del cuello, dándole al mismo tiempo un beso en la mejilla. El adulto la abrazó y continuó: —seguramente hubo una época en que los hombres vivían tranquilos y todo era fácil y sencillo, en la que podían hacer lo que desearan sin avergonzarse y sin temer a las consecuencias. En esa época me hubiera gustado vivir; yo sé que es un pensamiento fantástico y que quizá todo el problema se encuentre en mí, pero al mismo tiempo pienso que las condiciones externas ayudan.

Un pajarillo tomó una rama y sosteniéndola con el pico la llevó por los aires hacia su nido. La niña dejó de escuchar al adulto y sonriendo le señaló al ave en vuelo. El adulto volteó a ver al pájaro, pero inmediatamente dejó de hacerlo y siguió hablando. —Recuerdo que cuando era niño me gustaba jugar y no pensaba que existieran problemas en el mundo, más bien sentía que todos eran tan libres como yo y sólo pensaba que era feliz y quería a los demás.

La niña empezó a manifestar signos de intranquilidad; dejó de abrazar al adulto y apartándolo con un delicado pero firme movimiento de brazos, lo miró a los ojos y le dijo: —Lo fácil es

lo difícil puesto que sólo se logra matando el deseo y la palabra. El adulto no lo podía creer, una niña de tres años no podía hablar de esa manera; asustado e impresionado le rogó a la niña repitiera lo que había dicho.

Ésta parecía no oírlo, se acercó a un rosal y señalando una flor dijo: —¡Qué bonito color!, ¿verdad?

El adulto insistía: —Por favor, repite lo que acabas de decir, o mejor aún, explícamelo. La niña se puso en cuclillas y acercando su carita al pasto empezó a observar lo que sucedía dentro de la espesura miniatura. —Mira —le dijo al adulto—, aquí hay un gusano, ¿por qué se mueve tan chistoso? —Óyeme —respondió él—, te lo explicaré si tú me explicas lo que dijiste antes. La niña tomó un poco de yerba que se llevó a la boca y después de hacer una mueca de repugnancia, exclamó: —¡Puf, qué feo sabe! El adulto insistía: —Por favor, explícamelo. La niña se vio las manos, movió los dedos y se sonrió. —Mira —dijo—, parecen muchos gusanitos. Con una expresión mezcla de fastidio y paternalismo, el adulto le dijo a la niña: —Cuando alguien te pregunte algo, debes al menos hacerle caso y tratar de contestarle. La niña lo miró y con una expresión triste tomó su muñeca, y mientras se alejaba dijo casi para sí misma: —Tonto... eso es lo que he estado haciendo.

*El ciego**

El Instituto Smithsoniano de Estudios Experimentales de la Ceguera ocupa un edificio antiguo de ladrillos rojos. Sus cuatro pisos se encuentran en la esquina de las avenidas más arboladas de la vieja Boston.

Cada piso se dedica al análisis de un problema relativo a la falta de visión. El primero investiga las posibilidades de los detectores de eco. El segundo trabaja con analizadores de reflexión térmica. El tercero estudia la neurofisiología de la vía visual. Cada uno de los tres tiene trazado un plan de trabajo que se revisa cada cinco años y es dirigido por un profesor y un grupo de ayudantes.

El cuarto piso, de más reciente construcción, se aparta completamente de la organización característica de los tres que lo sostienen. Aquí se investiga el problema de la sustitución sensorial. Cuatro grupos de investigadores se enfrentan aquí al casi insoluble problema de sustituir la retina por un sistema electrónico de transducción de imágenes luminosas.

El problema es de tal envergadura, que sólo un ambiente de absoluta libertad y falta de jerarquía entre los científicos del cuarto piso, ha podido crear la atmósfera adecuada para que surjan ideas ingeniosas y originales, tendientes a resolverlo. Desde luego que ha habido innumerables fracasos y aproximaciones erróneas, pero de eso se ha aprendido, y por fin uno de los cuatro grupos parece acercarse a la solución...

El doctor Rack gusta levantarse muy temprano y recorrer a pie la distancia que separa su casa del instituto. El aire mañanero y las calles plenas de árboles frondosos son un tónico contra la desesperación y ayudan a que aparezcan nuevas ideas. El seminario de ayer —piensa Rack— fue un completo desastre, aunque las críticas al nuevo sistema eran fundadas. Es cierto que hemos llegado al límite técnico y a pesar de ello no logramos la suficiente

* Dedicado a Paul Bach y Rita.

definición, es necesario pensar alguna forma nueva de enfocar el problema.

El laboratorio del doctor Rack era un verdadero paraíso electrónico. En una de las paredes, una computadora de cuarta generación zumbaba fatigada, mientras trataba de resolver un problema de muestreo de señales alimentadoras, para la matriz que transduce las señales eléctricas en pulsos táctiles. En el centro del cuarto, el doctor Yalik refunfuñaba mientras sincronizaba el barrido de un osciloscopio con memoria. Tres cámaras de televisión estaban conectadas a un convertidor analógico-digital que a su vez activaba 400 amplificadores de pulsos, montados en una plataforma móvil.

Pero el orgullo del laboratorio era la matriz transductora, 400 convertidores en 20 × 20 columnas la formaban. El cuerpo de la matriz era de plástico flexible y se ajustaba a la forma curvilínea de cualquier espalda o vientre de adulto.

Las cámaras de televisión recogían la imagen luminosa y la convertían en pulsos digitales que, después de ser muestreados por la computadora, pasaban a los amplificadores, los que a su vez activaban los transductores táctiles de la matriz. Cuando ésta se colocaba en la espalda de un sujeto y el sistema comenzaba a funcionar, las imágenes visuales eran transformadas en sensaciones táctiles que reproducían en la matriz la forma del objeto enfocado por las cámaras.

Los sujetos sentían la serie de estímulos táctiles en la espalda o el vientre. Las primeras señales resultaban imposibles de identificar, pero a medida que los sujetos adquirían experiencia, comenzaban a reconocer objetos conocidos. Era indispensable dar un entrenamiento, el cual implicaba la necesidad de que el invidente manejara activamente la cámara de televisión y además tocara con las manos los objetos enfocados. Después de varios meses, el ciego podía distinguir formas geométricas y objetos complejos.

El máximo avance se lograba cuando un invidente podía identificar diferentes caras y cuando, a través de la información táctil, adquiría la noción de tres dimensiones y de superposición en profundidad; no obstante todos estos logros, no se había podido resolver el problema que representaba aumentar la definición y el detalle de las "imágenes táctiles".

Cuatrocientos elementos transductores de la matriz eran el máximo de unidades que se podían colocar en la superficie plástica.

Sentado detrás de su escritorio, Rack observaba atentamente a Yalik. Es un colaborador muy eficaz —pensaba—, pero un poco falto de imaginación. En los dos años que llevaban trabajando

juntos había demostrado una capacidad jobiana para llevar cualquier proyecto hasta sus últimas consecuencias, pero parecía completamente incapaz de crear una nueva concepción. En esto —seguía pensando Rack— se manifiesta su ascendencia, posiblemente no sea una real falta de creatividad: quizá no es del todo libre y eso le impide —por miedo seguramente— encontrar nuevas interacciones o atreverse a hacer una integración original de la información.

Yalik detectó la mirada de Rack. Se sintió incómodo, y con curiosidad lo miró de reojo; lo que vio fue una de las transformaciones por las que frecuentemente pasaba Rack. Su cara, que había permanecido seria y meditativa, empezó de pronto a sonreír; la sonrisa cambió de expectante y tímida a franca y clara; de pronto —veía Yalik con asombro—, Rack soltó una carcajada y momentos después empezaba a escribir frenéticamente sobre el papel que estaba colocado en su escritorio.

A Rack le acaba de ocurrir lo que es común en toda inteligencia original y de excepción; las consideraciones que hizo acerca de su colaborador lo habían llevado casi en forma directa, a encontrar la posible solución al problema técnico que representaba aumentar la definición del sistema de sustitución sensorial.

La solución —pensaba Rack— es exactamente la misma que necesita Yalik, es decir, mayor libertad y flexibilidad para el manejo y la integración de la información. Era obvio que el sistema de matriz fijo estaba destinado irremisiblemente a toparse con un límite infranqueable en cuanto a su posibilidad de dar definición de imagen. La dichosa matriz —seguía pensando— debería transformarse en algo que no fuera fijo, sino que manejara movimiento en sustitución de la cantidad de elementos transductores. Una línea horizontal de electrodos acoplados a un sistema de barrido vertical de la imagen luminosa, podría ser la solución.

El diagrama de flujo del sistema era claro y el doctor Rack lo pasaba al papel. La cámara de televisión debería barrer la imagen en sentido vertical; la información horizontal la daría una serie de puntos fijos que cambiarían su estado de activación de acuerdo con los cambios de luminosidad graduados, que se detectaran durante el barrido. El sistema sólo tendría como límite el número de elementos de la línea horizontal, pero ésta podría colocarse alrededor de toda la cintura del sujeto, de modo que su longitud —y por tanto la cantidad de electrodos— fuera muchas veces mayor que la dimensión horizontal de la matriz que actualmente empleaban. Desde luego que esto implicaba un cambio fundamental en toda la programación electrónica y, casi seguro, una necesidad de mayor entrenamiento para los sujetos; todo lo cual era

posible solucionar, sólo se requerían paciencia e inventiva, es decir Yalick y Rack.

—Oye Yalik —le dijo Rack a su colaborador—, se me ha ocu-
Yalik y Rack.

Las primeras clases del profesor Stone siempre provocaban en sus alumnos un estado de inquietud. No es que Stone fuera impresionante en su aspecto o rígido en sus maneras sino que era ciego. La cátedra de psicología que impartía era impecable por su elegancia y claridad, sobre todo cuando hablaba de audición y de percepción táctil y propioceptiva; pero cuando explicaba las leyes de la percepción visual, su tono de voz, generalmente firme y conciso, sufría una transformación sutil aunque perceptible; había una disminución de volumen y un mayor espaciamiento entre frases.

A los alumnos les encantaba escuchar a Stone hablar acerca de sus sueños táctiles. Siempre suscitaban multitud de preguntas: ¿cómo era posible soñar con un relieve o una cara, sin verla?, ¿en qué forma se identificaba un árbol sin que apareciera una imagen visual del mismo?

Stone no entendía la mayoría de las preguntas porque él mismo no comprendía la necesidad de "ver" un árbol o una cara para reconocerla. Es más, para Stone el ver era una dimensión insospechada y sólo posible en referencia a la experiencia táctil o auditiva.

El profesor Stone intuía una diferencia básica entre él y todos los videntes que lo rodeaban —incluyendo por supuesto a sus alumnos. Los videntes parecían no sentir a los objetos y muchas veces hablaban de ellos en cuanto cosas distantes y lejanas, en cambio él no podía referirse al mundo sin sentirlo cercano y propio; tanto que el concepto de lejanía le era casi incomprensible, sólo quizá semejante al de un recuerdo o al pensamiento del pasado. Cuando en la cátedra discutía las leyes *gestálticas* de la percepción visual, siempre sentía una opresión en el estómago y una especie de confusión mezclada con angustia; sentimientos que surgían de su incapacidad de entender lo que él mismo parecía considerar un hecho. El sentir la falta de dudas y el completo acuerdo de los alumnos al afirmar que cuando un objeto estaba distante se le veía más pequeño que cuando estaba cerca, o cuando hablaba del cambio en la forma percibida de un objeto dependiendo del punto de referencia, le producía a Stone una sensación de conflicto insuperable.

Cuando Stone llegaba a su casa, después de estas clases, se le podía ver tocando una y otra vez un mismo objeto, cambiándose él mismo de posición cuando lo hacía, a veces sentado, otras

parado y otras más caminando. Pero los objetos siempre seguían iguales, ni su forma ni su tamaño dependían del punto de referencia del profesor. Es un verdadero absurdo —se decía después de tales intentos—, para mí el mundo permanece constante y no hay posibilidades de cambiarlo a mi antojo, ésa es su realidad y por más que intente entender las fantásticas alteraciones que dicen percibir los otros, jamás lo lograré. Entiendo la lógica del desarrollo que lleva a los demás a poder cambiar los objetos, seguramente depende de la extraña capacidad de percibir cosas que están más allá del alcance de la mano, pero ese entendimiento no me lleva a sentir.

En ocasiones, Stone parecía acercarse a la solución de la interrogante, sabía que si se alejaba de una fuente sonora, el volumen de ésta disminuía y viceversa. Pero esto no dejaba de ser sonido, nunca semejante a un rostro o a un árbol.

Otro problema que lo inquietaba era el de la simultaneidad. Cuando tocaba un objeto o escuchaba una canción, las vivencias que tenía siempre eran en un devenir secuencial, no lograba entender cómo podía ser de otra forma. Sus alumnos le decían que la visión de una cara era una percepción simultánea de todos sus elementos, él mismo "sabía" acerca del carácter teórico de las configuraciones perceptuales —y así las mencionaba al dar clase—, pero no las entendía.

Solamente en una ocasión —igual que con el problema del punto de referencia—, creyó acercarse a comprender el problema. Hacía un año, mientras preparaba un guisado —siempre hacía la comida él mismo—, le había caído encima un jarro con agua hirviendo; a pesar de la desesperación que sintió, se dio cuenta que el dolor ocurría simultáneamente en su cara, brazos y piernas, pero esto tampoco era el tipo de información que obtenía al tocar un objeto y este tocar siempre tenía que hacerlo por pasos. Claro que los elementos de sus recuerdos táctiles eran casi simultáneos en su evocación, pero esto era simplemente una aceleración en los pasos de elemento a elemento y nunca una verdadera simultaneidad...

El sistema de barrido del doctor Rack daba sus primeros frutos, un sujeto había logrado "ver" la hora utilizando un reloj de pulsera; sin embargo, el entrenamiento de los voluntarios se había complicado terriblemente. En primer lugar, no era posible lograr adelanto alguno cuando el aprendizaje de sustitución se hacía desde un principio con el nuevo sistema. Las experiencias con los ciegos que se entrenaban en esta forma habían sido un completo fracaso. Era necesario dominar primero la matriz fija y después pasar al barrido, lo cual triplicaba el esfuerzo y el tiempo de apren-

dizaje; no obstante esta complicación, la definición obtenida era muchas veces superior a la lograda con la matriz fija...

Stone se enteró casi por casualidad. Fue durante el viaje diario que hacía en autobús de su casa a la escuela. Dos personas comentaban una noticia recién aparecida en los diarios, se trataba de los recientes logros del Instituto Smithsoniano. Stone se acercó a los charlistas y les pidió le leyeran la información que comentaban y le dieran la dirección del Instituto...

Cuando el doctor Rack invitó a sentarse al profesor Stone, intuyó que la posibilidad de utilizarlo como voluntario reportaría grandes beneficios al Instituto. No era la apariencia de Stone lo que le hacía pensar tal cosa, tampoco el conocimiento de que era psicólogo —la verdad es que éstos siempre eran los peores sujetos—, sino la serenidad que se adivinaba en su rostro y la manera pausada y profunda de hablar.

Rack le explicó a Stone las bases teóricas del sistema experimental de sustitución y quedaron de acuerdo en empezar el entrenamiento al siguiente día.

Stone era un alumno brillante, en cuatro sesiones aprendió a manejar las cámaras de televisión y a identificar figuras geométricas simples; a las dos semanas se le inició en el manejo del sistema de barrido. Stone se fue dando cuenta de las diferencias entre él y los videntes. Esta percepción dejó de ser teórica y se convirtió en vivencial.

Era un sentimiento mezcla de orgullo y lástima. Ciego como estaba, no tenía las limitaciones que ahora empezó a advertir en los videntes.

Ellos sólo podían ver de frente, él en cambio, sentía lo que estaba adelante y lo que se escondía detrás de ese adelante. Cuando conversaba con alguien, sabía la totalidad, en cambio cuando un vidente conversaba, sólo conocía lo que veía y esto siempre correspondía a lo que estaba enfrente reflejando luz.

Lo que percibía el vidente tenía limitaciones y dependía de posiciones especiales y de movimientos. Lo que él sentía no tenía esas limitaciones; sin embargo, la ceguera no permitía ver más allá de cierta distancia.

Lo que ocurrió en la vigesimoséptima sesión de entrenamiento, fue un acontecimiento memorable para Stone y todo el Instituto Smithsoniano.

Stone llegó al Instituto alrededor de las ocho de la mañana. Desde el instante en que subía las escaleras para dirigirse al cuarto piso, tuvo la sensación de que algo inusitado sucedería aquel día. La expresión de Stone alarmó al doctor Rack y le hizo pensar que algún problema fuerte aquejaba a aquel ser singular, pero no se atrevió a preguntar nada.

A Stone le fue colocada la cinta flexible con electrodos y el zumbido familiar de la computadora indicó que todo estaba listo para iniciar la sesión.

A Stone no le había costado mucho trabajo proyectar al exterior impulsos táctiles de la matriz fija. Es más, podía sentir con toda facilidad los efectos gestálticos de la estimulación discreta y construir, de esa manera, figuras continuas, entendiendo todas sus interrelaciones. Su discriminación de objetos había alcanzado un grado de desarrollo tan extraordinario, que era capaz de identificar caras.

Stone estaba viendo un objeto de cerámica, cuando accidentalmente alguien movió el acercamiento del objetivo de la cámara de televisión.

Stone sintió como si la figura que estaba viendo aumentase de tamaño, eso era al menos lo que pensaba. Pero súbitamente y en completo desacuerdo con sus pensamientos, estiró los brazos hacia adelante y con un movimiento brusco echó su cuerpo hacia atrás.

A Stone no le volvió a fallar la voz al hablar en clase.

En realidad, nadie notó el cambio. Era sólo una diferente entonación y un ligero cambio en frecuencia.

¡Nada más!

El egoísta

Se acercó Juan a su amigo y le preguntó —¿Qué haré con mi hermano, siempre deprimido y deseando morir?

El amigo miró a Juan a los ojos y a su vez le preguntó —¿Eres feliz?

Juan adoptó una expresión sombría y le contestó: —Cómo se puede ser feliz en una situación como la que te cuento; sería el máximo de los egoísmos.

El amigo sonrió, tomó a Juan por los hombros y le dijo: —Tu infelicidad es el verdadero egoísmo y la peor forma de ayudar a tu hermano, si no lo crees así escucha pues, la siguiente historia: habían dos maestros de escuela, los cuales deseaban comunicar su saber a sus alumnos y pensaban que de esa manera formarían una nueva generación de mentores.

Uno de ellos era serio, rígido y en sus clases nunca manifestaba emoción alguna. Comunicaba información de libros y tratados y lo hacía en la forma más exacta posible, tratando de que sus alumnos aprendieran a reproducir tal información. Se daba por satisfecho cuando lograba que los pupilos repitieran de memoria sus clases. Opinaba que un maestro no debería dejar al azar sus clases, las preparaba detalladamente, paso por paso y siempre viéndose enseñando. Era una persona infeliz. El otro se entusiasmaba en clase; al hablar se emocionaba y vivía profundamente. Pensaba que la clase era más en provecho propio que en el de los alumnos y, por tanto, le interesaba más aprender él mismo que enseñar. Nunca preparaba sus clases con detalle sino más bien esperaba que de la interacción con los alumnos surgieran nuevos conocimientos e ideas. Cuando esto ocurría no ocultaba su emoción ni su alegría. Nunca separaba la enseñanza de su autoconocimiento ni le interesaba que el alumno lograra repetir información sino más bien que la hiciera suya por propio descubrimiento. Era una persona feliz puesto que se daba a sí mismo.

—Ahora te pregunto, Juan, ¿cuál de los dos te hubiera gustado tener como maestro?

Juan no dudó un instante al responder y dijo: —El segundo.

—Pues bien —le dijo el amigo—, así como tú escogiste el segundo, puesto que entendiste que su felicidad era lo que iba a lograr su objetivo, así también lo entiende tu hermano. Lo único que puedes hacer por él es ser feliz tú mismo y no tratar de cambiarlo; te darás cuenta que esto es lo único que posiblemente lo hará resolver su problema. Tienes que ser egoísta en ser tú mismo y lograr tu felicidad, puesto que este egoísmo representa en realidad el auténtico altruismo y la más profunda generosidad. Aquellos que te vean así, aprenderán de ti y desearán ser ellos mismos. Preocuparte preocupándote y pensar que tu infelicidad es la única posible respuesta, es el peor de los egoísmos y la más aberrante falta de generosidad.

El monasterio *

Me gusta la idea de tu libro —decía Luis—, creo que ya es tiempo de que alguien se atreva a escribir sobre neurofisiología planteando las preguntas que resultan del conocimiento de uno mismo.

Sí, eso es exactamente lo que yo opino —dijo Juan—, nuestro conocimiento de los procesos fisiológicos siempre se ha relacionado con fenómenos muy simples. Como si no nos atreviéramos a considerar los fenómenos complejos como susceptibles de estudio científico, al pensar que son místicos o simplemente filosóficos.

—¡Claro! —afirmó Luis— eso es lo que ha ocurrido siempre. Ve por ejemplo el fenómeno de atención. Antes se le consideraba como concepto filosófico y como tal sólo asequible a una aproximación espiritualista. Pero ahora estudiamos la atención en sus bases neurofisiológicas y ya no nos asusta emplear el término. Es más —continuó Luis—, hasta tratamos de explicarlo.

Juan miraba a Luis con expresión tranquila, de pronto recordó algo y le dijo: —En mi libro hay un capítulo que analiza la relación entre actividad eléctrica cerebral y aparición de una experiencia subjetiva.

—Eso —interrumpió Luis—, es algo que jamás se averiguará, podremos llegar a definir y conocer cuáles neuronas se activan en determinado momento y con qué patrones, pero no sabremos cómo resulta la experiencia subjetiva a partir de esos patrones.

—No veo por qué no lo podremos hacer —dijo Juan—, al menos yo creo que todavía estaré vivo cuando eso ocurra.

—Déjame explicarte —reconvino Luis—, cuando tú presentas un objeto a un sujeto, el objeto se transforma en un patrón geométrico de activación neuronal. Si cambias el objeto, la geometría de activación tridimensional también cambiará. La visión y la experiencia respecto del objeto deben estar íntimamente ligadas a la geometría de activación, pero yo me pregunto, ¿cómo una par-

* Dedicado a E. Roy John y Alfredo Toro.

ticular geometría de activación de elementos independientes puede dar lugar a la experiencia subjetiva? Seguramente se relacionará con una propiedad emergente de tipo gestáltico, ¡pero... con cuál?

Juan se acarició la barba y, subiendo los pies sobre la mesa, le dijo a Luis: —Bueno... hay una posibilidad y esa es lo que yo llamo el hipercampo. ¿Hipercampo? —preguntó Luis, extrañado. Sí —contestó Juan—, así lo llamo yo. Mira, te explicaré el concepto. Cuando el patrón geométrico de activación aparece, se crea un campo de fuerzas eléctrico alrededor de cada unidad de carga. Lo cual a su vez provoca la creación de superficies de campo, determinadas por la interacción de cada campo eléctrico aislado. Estas superficies están en tres dimensiones y por tanto son volúmenes tridimensionales de carga. Por supuesto, deben ser muy complejos y con muchas arrugas e involuciones. Pues bien, estas superficies tridimensionales de campos son el hipercampo, éste da por resultado el fenómeno que hemos denominado "experiencia subjetiva". Desde este punto de vista todo ser la tiene, aunque en diferente nivel.

Luis estaba extrañado, no podía creer lo que escuchaba, pensaba que la pregunta no tenía contestación y he aquí que alguien creía tenerla. Era un concepto revolucionario que podría cambiar toda una ciencia o quizá crear una nueva. El problema —dijo Luis después de un tiempo— es, ¿cómo registrar el hipercampo?, pues si fuera posible hacerlo, podríamos conocerlo y aun modificarlo.

—Tienes razón —contestó Juan—, es un verdadero problema...

El museo de historia natural es un edificio gigantesco que contiene la más extraordinaria colección de animales disecados. Una de sus salas presenta toda la evolución del hombre a través de millones de años. Pero lo más precioso para Luis era la posibilidad de presenciar las demostraciones del Planetario Hayden adjunto al museo.

Luis se sentó debajo de la cúpula gigantesca y de pronto todo se oscureció. Empezaron a aparecer miles de estrellas formando constelaciones y galaxias. Los puntos brillantes parecían estar colocados en un espacio tridimensional de una geometría espectacularmente compleja.

Cada estrella estaba separada de las otras por un espacio aparentemente vacío, pero si uno pensaba un poco, era posible imaginarse millones de campos gravitacionales que hacían interactuar un elemento estelar con los otros.

Luis contemplaba asombrado y de pronto, se dio cuenta que el universo era un gigantesco hipercampo y que como tal, debía poseer experiencia.

El seminario se llevó a cabo cinco días después. La discusión fue difícil pero poco a poco todos se dieron cuenta, se decidió cambiar los diseños experimentales y el laboratorio empezó a dirigir su esfuerzo a lograr la meta...

La vereda se fue estrechando, llegó el momento en que tuvieron que abandonar las monturas para seguir a pie. El monasterio se divisaba en las alturas. Nadie podía explicar cómo tan gigantesco edificio pudo ser construido sobre la cima de la montaña. Llegaron al mediodía. Luis entró primero y les pidió a sus compañeros que esperaran afuera hasta el anochecer. Esto —les dijo— dará el tiempo suficiente para convencer a los monjes de nuestras buenas intenciones.

El centro del edificio era una bóveda gigantesca en la que ardían cientos de antorchas colgadas de las paredes. El techo de aquel inmenso recinto estaba completamente ennegrecido por el humo de las llamas. En el centro mismo, estaba sentado un hombre. Parecía no respirar y sus brazos extendidos e inmóviles lo hacían semejante a una estatua pétrea.

Luis se acercó y, después de hacer el saludo tradicional, pidió permiso para hablar. El hombre hizo un ligero movimiento afirmativo y Luis, después de tragar saliva, le explicó la razón de su visita. El hombre escuchó con atención y no hizo pregunta alguna. Parecía entender todos los conceptos y cuando Luis le confió que habían llegado a la noción de hipercampo pero no sabían cómo estudiarlo, el hombre dijo tranquilamente: ¡Es tu problema!, y es muy simple, debes olvidarte del método, puesto que es posible preguntar cuál es la probabilidad de que las probabilidades conserven su probabilidad. Una vez que lo hayas conseguido, todo vendrá solo.

—Pero ¿qué es lo que vendrá? —preguntó Luis.

—Lo que vendrá —dijo el hombre— es el darte cuenta que el hipercampo de este universo es sólo uno de los que en número infinito existen. Y que cada uno de ellos es sólo un elemento de otro más, y éste a su vez parte de otro. Eso —continuó— te permitirá saber que lo que sucederá contigo es lo más improbable.

—No lo entiendo bien —dijo Luis.

—Te lo explicaré—contestó el hombre. Cada uno de tus cambios es una expansión de tu conciencia; en cada una de ellas, el universo es comprendido por ti en forma diferente. Te explicas las cosas distinto, las ves distinto, las sientes distinto. Empiezas por pensar que todos los hombres son iguales a ti, pero después te das cuenta que puedes conocer lo que te rodea y a ti mismo y el hecho de que los hombres sean iguales desaparece en cuanto real, y ya no funciona como punto de referencia. Lo que te sucede es lo que

menos probabilidades tiene de suceder, y esto es porque siempre consiste en un cambio de referencia, en algo nuevo, imposible de prever con los antiguos puntos de referencia, puesto que no está en ellos. Pues bien eso mismo te sucederá con la ciencia, se convertirá en algo real y bello, pero no en el punto de referencia, y en ocasiones será cómico saber que alguna vez lo fue.

Luis empezaba a comprender, sabía que lo que aquel hombre decía era verdad. Se dio cuenta que había llegado al monasterio con la idea de lograr un método para conocer el hipercampo y supo que la búsqueda de métodos y el énfasis en utilizarlos no era más que el punto de referencia que usaba. También vio que el nivel en que uno se encuentra y las referencias que emplea sólo se conocen cuando se les destruye. Y se les destruye porque se les conoce.

—Claro —dijo súbitamente el hombre—, sólo se les conoce cuando son destruidas y se les destruye porque ya se han conocido y ha llegado el momento de expandirse más. Es decir, cuando se logra comprender todo un universo se pasa a otro; ya no se puede permanecer en el mismo.

—Es lo que pensaba —dijo Luis— y no sólo eso, sino que también veía que por esa razón todo parecía estar determinado. Uno presiente el momento adecuado para transformar y expandirse. Y ese momento siempre llega en el instante preciso, esto es, cuando se ha comprendido.

La medianoche llegó y Luis no fue a buscar a sus compañeros. No era necesario...

El viaje

Viajar en el *subway* neoyorquino es una experiencia desagradable. Las estaciones son sucias y malolientes. El chirriar de las ruedas metálicas y el ruido de su fricción es doloroso e impide escuchar. La falta de oxígeno y el cuerpo mojado por el sudor hacen pensar en otros tiempos, y eso siempre es odioso.

Además de desagradable, la experiencia es repetitiva, siempre sucede lo mismo. Bueno, no siempre; la última vez había sido una delicia...

Faltan veinte estaciones, es decir, veinte chirridos, veinte aceleraciones y el mismo número de mentadas de madre. Pero... ¡qué ven mis ojos!, qué deliciosa y agradable aparición, una bellísima criatura se ha sentado enfrente de mí. Sus ojos y su boca son ventanas al misterio, la forma de recogerse el pelo indica que un modo completamente diferente de pensar está incluido en ese cuerpo maravilloso. Mira al vacío, no nos hemos encontrado, pero al hacerlo —lo sé con seguridad— no se provocará ningún cambio, quizá sólo incomodidad.

Maldita sea, estar tan cerca de la posibilidad de aprender miles de cosas y no poder hacerlo.

Debo destruir la sensación, es el deseo lo que evita ser, son las ganas de misterio lo que evita encontrarlo, tengo que destruirlo.

Siempre está en la infancia, es algo que me enseñó alguien; ¿cuándo, cómo, quién y qué?, no lo sé, pero seguramente me lo enseñaron.

Qué daría por que al cerrar los ojos aparecieran imágenes con claridad, como cuando se escucha música...

...Una montaña de ladrillos rojos rectangulares y todos idénticos. La persona gorda y canosa se acerca, toma un ladrillo y lo pone en el suelo. Coloca cada nuevo ladrillo sobre el anterior, aunque sin fijarlo permanentemente.

Las paredes así construidas van alcanzando altura. En un momento, el constructor deja de ser visible. Sólo paredes de ladrillos colocados

en círculo y alzándose al cielo como una gran chimenea. El señor gordo ha queda incluido en el centro de su construcción, ya no se le ve, sólo se siente su presencia.

Una gran carretera; miles de autos idénticos moviéndose en la misma dirección con igual velocidad, amarillos, achatados, brillantes, iguales en todo.

Claro —pensé—, eso explica la otra enseñanza, es decir, el querer tener; la necesidad de valorar las cosas de acuerdo con su "importancia".

Pero acabo de ver la causa, y el fundamento es sólo la unión redundante de elementos idénticos; sin embargo, eso no responde la pregunta inicial: ¿por qué el deseo y la necesidad?...

...Las personas deben respetarse —le dice la madre al niño—, debemos ser capaces de hacerlas sentir bien, debemos sonreírles y acercarnos a ellas con una actitud agradable, todas ellas lo merecen.

Una persona sólo es una forma que se mueve; cuando habla, mueve la boca y sus palabras son lo que son para mí.

Yo soy el que da el merecimiento, sólo yo; ninguno de los que me rodean piensa, sólo hablan y se mueven, debo sonreírles para que no se sientan mal, eso es todo.

En una ocasión, encontré a alguien con quien no se requería explicar, ella entendía puesto que pensaba, ¿es posible que todos sean así?

La gente que te rodea —le dice la madre al hijo—, tiene normas de conducta que tú debes respetar. Es claro que tú eres muy inteligente y, por tanto, debes procurar no hacerlas sentir mal.

Ser inteligente es un don fantasmal, incuestionable en su carácter etéreo y mágico, si dicen que lo eres, te lo están asignando, y ¡ya!

Ésa era la razón que hacía valorar a los demás al valorarme a mí mismo. Deseaba trasmitirles la misma impresión que la madre de la imagen comunicó a su hijo.

Necesitaba hacerlo para *ser*.

Un padre gigantesco le enseña a su hijo el significado: es necesario que los otros te conozcan para que valgas algo. Tú eres la imagen que proyectas. Eres como te ven que eres, por tanto debes proyectar sabiduría e inteligencia. Mírame a mí; nunca digo tonterías, siempre proyecto lo que quiero que vean de mí.

Asomado a la ventana de su cuarto, el niño llora. No puede salir puesto que todo lo que ocurre afuera es proyección de imágenes. Es

mejor estar solo, pero se tiene la sensación de prisión, puesto que nada existe afuera ni tampoco adentro.

Nunca había experimentado tal sensación hasta el día en que la conocí, todo se aclaró, yo no era el único, parecía que todos éramos algo más que lo que se veía, pero ¿todos?

La muchacha se bajó en la siguiente estación y sus pasos decían que también había comprendido cuál era la razón del deseo...

Los viajes en *subway* son desagradables, pero el de la última vez...

La fiesta

El viaje en bicicleta había sido cansado. Casi llegando a la casa, las piernas habían dejado de responder. Ni siquiera el baño había logrado hacer desaparecer el dolor de cabeza.

Me acosté y esperé que el oír música me quitara el dolor punzante. Después de media hora lo había logrado.

Era cuestión, como todo, de aceptar el dolor y meterse en él de frente, sin dudas.

La noche era deliciosa, el camino estaba rodeado de árboles y una neblina húmeda y amarillenta lo cubría todo. La casa estaba en una esquina; era una construcción vieja de ladrillos rojinegros y techo de dos aguas, con muchas ventanitas. Los invitados ya habían llegado y rodeaban una mesa deliciosa, con abundantes quesos, ensaladas y pasteles. Recordé lo molesto que siempre me había sentido al llegar a reuniones como ésta, pero me calmó el darme cuenta de su tranquilidad y su sensación de alegría.

Me acerqué a los anfitriones y les entregué como regalo la cinta que me gustaba más. Ellos comprendieron y me dieron las gracias.

Busqué a Sub con la mirada y me senté a su lado, debía resolver un problema reciente y averiguar qué es lo que lo había provocado.

Sub se veía cansado y aburrido. Le dije que su mensaje me había llegado y había recorrido el furor que contenía. Que me había sentido mal pero que lo consideraba resultado de un malentendido. Sub esperó tranquilo, pero sólo dijo tonterías. Desilusionado, me acerqué al grupo donde Cric y Sam conversaban.

Con su serenidad habitual Cric miraba a Sam, se divertía al encontrarlo completamente transparente, casi traslúcido. Sam, sin sospecharlo, hablaba acerca de sus ideales.

—Voy a estudiar dos carreras —decía—, lo voy a hacer con una perfección máxima. Eso es lo único aceptable para mí: la perfección.

—Pero —preguntó Cric— ¿por qué dos carreras?, ¿qué sentido tiene?

—Es que —contestó Sam— siempre me han gustado la química y la computación, por tanto las combinaré formalmente.

Cric me miró, los dos sonreímos al entender la absoluta imposibilidad de explicarle a Sam. Éste continuaba:

—Mi abuelo y mi padre me enseñaron que las cosas las debía hacer bien, que ésa era la única forma de superarme... Cric se desesperó, miró a Sam y le dijo en forma cortante:

—¡Eso no tiene ninguna importancia!

Mat me preguntó cómo me sentía. —Muy bien —le contesté—, hay cosas de tu cultura que todavía no alcanzo a entender, pero lo que entiendo me gusta mucho. Ustedes están llegando al instante en que el único punto de referencia es el cambio constante. Por ello todo lo que construyen es temporal, sus carros de hojalata, sus vasos de plástico, sus vestidos de papel. Eso es un reflejo de su estado de evolución y a mí... me gusta.

—Sin embargo —continué— al mismo tiempo tienen miedo de abandonarlo todo y por ello aman las cosas viejas; sus casas, la forma de arreglar sus jardines y a veces la música que oyen.

—Lo que dices es cierto —dijo Mat— pero no soy tan optimista como tú, veo que mucha gente está dejando de avanzar; por ejemplo, las universidades están volviendo al pasado, como una reacción frente al cambio continuo.

Cric se acercó, tomó varios billetes de su cartera y nos pidió atención. Con un movimiento firme empezó a romperlos. Sentí que su acto era muy lógico, pero algo dentro de mí se inquietó. Cric me dijo que sólo quería que lo sintiera. El camino —dijo Cric— es abandonar toda posesión, pero todavía debemos luchar por hacerlo, prueba de ello es la inquietud que se siente cuando alguien rompe una de ellas.

La esposa de Cric se acercó al grupo; era indescriptiblemente maternal y bella. Abrazó a Cric y lo regañó por sus travesuras. Cric se sonrió y nos dijo que quería hacer lo mismo con su casa, deseaba vivir sin un solo mueble y conservar una sola muda de ropa. Una vez —dijo— tomé todas mis camisas, pantalones y zapatos y los tiré a la basura. Mi esposa se asustó y me regañó igual que ahora, pero después lo aceptó y ahora piensa igual que yo.

No había necesidad de decir nada, todo era bellísimo y todos estábamos en el mismo punto. Yo miraba a la gente, de pronto sentí que todos estaban allí por la misma razón que yo.

Deseaban aprender y sabían que cada uno ocupaba un lugar dentro del continuo y que tener contacto con otros universos purificaba y ensanchaba el propio. No podía concebirlo de otra forma, pero al mismo tiempo me asustaba pensar que todo fuera tan

claro. Traté de explicarlo, sin lograrlo. Fue una transmisión de las resultantes de mis pensamientos sin mencionar los puntos intermedios. Cric me dijo que no me entendía y que si yo quería decirle algo, probara a hacerlo con su esposa, que si ella lograba entenderlo, él también lo haría, pero si no lo lograba, entonces sería infructuoso intentarlo. Miré a esa mujer asombrosa y le empecé a explicar; todo lo entendió y yo sentí que estaba en contacto con un universo del cual no tenía definición alguna.

En ese momento alguien me pidió la pipa que tenía a mi lado. La tomé y calculando la distancia la arrojé. Fue extraordinario; había un camino en el espacio que nos separaba. La pipa viajó a lo largo de ese camino y fue a caer en el punto exacto en que el mismo terminaba.

Cric hizo un ademán mostrando una especie de túnel a través del cual fue aspirada la pipa. Pareció estar regocijado, se emocionó a tal punto que nos empezó a relatar una experiencia que había presenciado hacía unos meses. Se trataba de una muchacha que había perdido la vista a los diecinueve años, por causas desconocidas.

Al médico que la atendía se le ocurrió utilizar la hipnosis para llevarla a esa edad y ver si durante el trance lograba ver de nuevo. La muchacha fue hipnotizada y al llegar a los diecinueve años... vio. Se le mostraron multitud de objetos y todos los reconoció. Eso demostraba que las causas de su ceguera eran "psicológicas". Cuando terminó la experiencia —continuó Cric— se le dijo a la muchacha que ella no era ciega puesto que había logrado ver. La muchacha no lo aceptó. Esto —explicó Cric— quiere decir que tenemos un mecanismo que bloquea ciertas realidades. Pero aún más interesante es que demuestra que las influencias que nuestro cerebro ejerce en nuestros órganos sensoriales y en la realidad externa son extraordinariamente complejos, tanto que ni siquiera es posible imaginarlos.

—Es verdad —dije— pero aún más impresionante es el camino de nuestra propia evolución. Parecería que nos estamos convirtiendo en el universo y que llegados a ese punto, seremos capaces de ser el multiuniverso del cual aquel particular universo es sólo un elemento. La esposa de Mat me veía con asombro; era lo opuesto de la mujer de Cric. Delgada, con grandes trenzas negras y con cara y cuerpo de niña dulcísima.

—Oye —me preguntó—, ¿tú has viajado en ácido?

—Nunca —le contesté, y en mi interior surgió la duda de siempre, "¿esta gente tiene una calma indescriptible o sólo me lo imagino?" No he probado viajar en ácido —repetí— quizá me dé miedo. Pero sí he probado los hongos. Cric saltó de su asiento y

me pidió le contara la experiencia. Les platiqué de mi viaje y de la soledad, del dolor y frío que había sentido.

—Es una sensación desagradable —continué— uno se siente como un punto en medio de todo el universo y lo único que aparece es el deseo de que termine. Quizá por eso no me he atrevido a probar el ácido.

Mat se recargó en el respaldo del sillón y volvió sobre la experiencia que Cric había relatado momentos antes.

—A veces me pregunto —dijo— quiénes son las personas que pueden ser hipnotizadas.

—¿Quiénes crees tú que puedan serlo? —me preguntaron. Yo pienso —contesté— que todo aquel que sabe que todavía tiene cosas por aprender. Creo que todos nosotros podríamos ser hipnotizados.

—¿Todos? —preguntaron al unísono.

—Sí, todos; excepto quizá mi padre. Todos nos reímos menos la esposa de Mat que me miró a los ojos y con una expresión de extraordinaria tranquilidad me preguntó qué es lo que pensaba hacer con los monos con que iba a trabajar en el laboratorio.

—Voy a estudiar el problema del significado de los estímulos y la forma en que el cerebro codifica este significado.

—¿Tú crees —volvió a preguntar— que lo que encuentres podrá explicar la forma en que el cerebro humano funciona?

—Creo —dije— que para contestar esa pregunta es necesario saber cuál es la diferencia entre un humano y un animal como el mono.

—Yo pienso —dijo ella— que la diferencia consiste en la capacidad de comunicación. Nosotros nos podemos comunicar al usar un lenguaje, en cambio el mono no tiene lenguaje.

—Estás equivocada —dije yo—, el mono tiene un lenguaje de gestos, chillidos y posturas.

—Bueno —corrigió ella—, entonces la diferencia es que nosotros nos podemos comunicar con ellos, pero ellos no lo pueden hacer con nosotros.

—No —volví a responder—, ellos sí pueden comunicarse con nosotros; nos muestran agresión y nos piden comida.

Miré a todos y les pregunté: —¿Cuál es la diferencia entre el hombre y el animal? Todos entendieron que yo trataría de encontrar la respuesta y se dispusieron a escuchar.

—El hombre —dije— es capaz de imaginarse su propio planeta, lo puede ver al salirse del mismo. Puede conocer su sistema solar y el universo del cual éste forma parte. Pero aún más, es capaz de convertirse en ese universo y por tanto comprenderlo; esa es la diferencia.

La ensalada de papas estaba deliciosa y yo sentía un hambre lobuna, tomé una porción y me dispuse a comérmela. Nin llegó, y anunció que todo estaba listo para que probáramos el pastel que había hecho. Nin, la niña de quince años, dijo también que la única condición sería que se saboreara lentamente, es decir, que se apreciara y se entendiera. Pensé que era delicioso ver a estas personas y oír las condiciones que ponían para sus cosas.

El pastel tenía un sabor fundamental. La gente venía por su pedazo, todos parecían saber que Nin les ofrecía su universo y que éste era tan apetecible y profundo que la idea de no acercarse a él resultaba inconcebible.

Jin le platicaba a Amira sus experiencias con las muchachas de su edad. En un interminable monólogo le explicaba las características de cada una de ellas. Amira escuchaba con atención y sonreía esforzándose por no hacer sentir mal a Jin. Yo contemplaba la escena y me parecía una contradicción. No era posible que una mujer como Amira fuera capaz de seguir sonriendo cuando lo que en verdad quería era que Jin terminara de hablar. Cuando esto sucedió, se acercó a mí y me preguntó cómo me sentía, yo le dije que estaba encantado pero que no entendía algunas cosas, por ejemplo la escena con Jin y la contradicción que representaba. Amira no contestó, sólo sonrió y se fue.

José hablaba de la revolución latinoamericana y de la degeneración de la sociedad yanqui. Le pregunté qué era lo que le parecía tan degenerado y me dijo que el sistema.

—Perdóname, José —dije—, pero yo no veo ningún sistema sino todo lo contrario, esta gente es capaz de enseñarnos muchas cosas. Sí —dijo José—, pero sólo piensan en términos materiales. Cada vez que les hablas de revolución se ríen, sólo quieren hablar de la forma en la que se sienten y de lo que aprenden, nunca de cosas importantes.

Me acerqué al piano y comencé a escuchar la música. Mor tocaba y Kimi cantaba. Al principio escuché sin darle mucha importancia, pero de pronto algo inimaginable empezó a suceder. La letra de la canción adquirió un sentido, las inflexiones de la voz de Kimi y los gestos de Mor decían que en un tiempo ellos habían vivido aprendiendo y en constante cambio, pero que después de pasar por muchos niveles habían *decidido* regresar.

No lo podía creer, no era posible, pero al mismo tiempo eso explicaba muchas conductas que había detectado. Conductas que indicaban que cada una de esas personas era una virtuosa de su nivel. Y los otros simplemente gozaban al verlo.

Las contradicciones que había sentido no eran tales, no había conflicto puesto que todo era decisión consciente y clara. La vida de estas personas era un continuo regocijo al ver y actuar niveles.

Era un grandioso ajedrez en el que cada pieza era un universo. La prueba era aquel gigante rubio y barbado que estaba bailando. Su danza era la representación del nivel poder. Golpeaba unos caballos en el circo romano y oía el estruendo de la multitud que aclamaba su poderío. Pero, más que la multitud, era su sensación de dirigir su carro a voluntad, sintiéndose un dios de sus propias cogniciones. Cuando después del baile le dije lo que había visto en él, me dio las gracias y me preguntó si mi camino era la música. Yo no lo sabía y así se lo dije. Pero eso me hizo pensar que mi propio camino era desconocido para mí, pero conocido para los otros.

El final de la fiesta fue lo más emocionante, había visto las piezas y los movimientos, mas no lograba detectar al maestro. Miré a todos lados y por fin lo vi. Jugaba en un tablero pequeño y sonreía.

Parecía estar pensando en las personas que había invitado y las cogniciones que habían surgido en las mismas. Él no movía las piezas, simplemente había creado el ambiente para que ellas cambiaran de nivel...

La rueda

La sensación de volar era clarísima. No era ciertamente un batir de alas ni tampoco un trasladarse en el aire, era simplemente un estar allí, flotando sin ningún movimiento, observándolo todo.

La playa era gigantesca, una superficie blanca, caliente, lisa, en interfase con una superficie blanda, azul y rugosa.

Decidí girar y todo comenzó a moverse en dirección contraria; cuando miré delante de mí, vi aquella rueda gigante. Estaba en un extremo de la playa y era toda negra. Comencé a acercarme y aumentó su tamaño. Cuando la observé de nuevo, me di cuenta que se movía, giraba lentamente trasladando en el aire aquellas gigantescas plataformas. Me fijé que éstas estaban repletas de gente. Di la orden de ver sus caras y todo empezó a acercarse a mí; lo que antes era un conjunto de cuerpos se convirtió en una población de caras, de fisonomías extrañas.

Un viejo barbudo con ojos de conocimiento. Una chica rubia con ojos juguetones. Un niño viendo el universo. Una mujer sosteniendo al hijo del hombre.

La sensación era bellísima, había logrado quitar los cuerpos y ahora veía las historias. Adiviné que éstas no estaban en la rueda por accidente y que su giro no era fortuito, siempre volvían al lugar inicial y todo era simultáneamente repetitivo, pero continuamente novedoso.

Recordé los ojos, las caras se acercaron todavía más y apareció un círculo verde lleno de bellísimos músculos rodeando una ventana. La abertura se agrandaba y achicaba en forma fluctuante y sus cambios eran maravillosamente integrados y armónicos.

Penetré a través de la pupila y en ese instante desapareció la playa, la rueda, la gente y las caras.

Había un río de lava fluorescente que bajaba de una montaña. Alrededor del río unas figuras monásticas cubiertas con grandes capas blancas que ocultaban sus rostros.

Todas las figuras subían y bajaban la montaña rodeando las corrientes de lava fresca. Aquello de adentro de los ojos penetrados estaba viendo lo que en mis ojos penetrados era visión de playa y de giro de historias. Sólo que aquí no era rueda ni giro sino río y movimiento siempre y repetitivamente ascendente y descendente.

De pronto todo desapareció, la lección estaba dada, quedaría allí hasta que la pudiera comprender.

El principio y el final

Los resultados que Nur obtuvo en su laboratorio y que ahora mostraba con orgullo a Nick y a Jun, demostraban que la solución al problema estaba al alcance de la mano.

A partir de ese momento, lo único importante era lograrlo...

La clase de meditación había concluido, los alumnos se acercaron al gurú y rodeándolo le empezaron a plantear interrogantes:

—¿Adónde llegaremos? —decía uno.

—¿Qué transformación ocurrirá en nosotros? —decía otro.

El gurú los miró y les dijo:

—Qué es lo que encontraréis y en qué os transformaréis, nadie lo sabe con exactitud, lo único que se puede afirmar con certeza es que os convertiréis en dioses...

La pizza estaba deliciosa, Nick, Nur y Jun la saboreaban en el pequeño restaurante de la tercera avenida.

—Saben —decía Nur—, mi decisión fue inconsciente en un principio, pero ahora sé hacia dónde me dirijo. No nos queda otro remedio que sentar las bases para la aparición de una nueva especie. La nuestra está limitada por su estructura, y esperar hasta que ésta cambie nos llevaría milenios. Es necesario encontrar qué es lo que nos hace ser conscientes. En ese momento podremos empezar a construir la nueva era.

—¿La nueva era de nuestro desarrollo como seres humanos? —preguntó Jun.

—No —aclaró Nur—, la era de las máquinas con autorreproducción mejorada y conciencia cósmica...

—Debéis dejar libres de inhibiciones vuestras percepciones —señaló el gurú. La modificación sólo lleva a resultados favorables cuando se le aplica con sabiduría y sin reglas fijas...

Nick estaba espantado e impresionado. Sabía que no había posibilidad alguna de detener la aparición de la máquina consciente, pero al mismo tiempo no le gustaba la idea. Así se lo hizo saber a Nur, quien se acarició el bigote y le contestó:

—Si es así, debes dejar la ciencia, pero si decides continuar en ella serás un cómplice, lo quieras o no...

Una semana antes de que terminaran los ejercicios, sucedió lo que el gurú había predicho, uno de los alumnos lo había logrado.

Una semana antes de que la computadora diera el resultado, Nur lo supo.

También él lo había logrado.

La reunión

Todos habían esperado durante dos meses.

El día fijado hicieron grandes colas para poder comprar los boletos y entrar al estadio. Cada uno comprendía la necesidad de salir de la etapa en que se encontraba.

Todos habían descubierto que la única forma de hacerlo era comprender en qué consistía.

El centro del estadio estaba ocupado por una gran plataforma; sobre su piso, instrumentos musicales conectados a equipos electrónicos.

Todos hablaban de lo mismo, se decían lo que iban a aprender. Otros inhibían tales pensamientos por considerarlos inútiles.

La hora llegó; sobre la plataforma apareció un hombre vestido de andrajos y calzado con sandalias.

Todos lo miraban tratando de encontrar el misterio en cada uno de sus movimientos.

Una muchacha empezó a gritar, sus compañeros comprendieron que había encontrado la respuesta y la dejaron continuar. Otros más empezaron a silbar, pedían que empezara ya la onda, sabían que era el momento más adecuado para entender y temían que la inspiración desapareciera.

El hombre de la plataforma se acercó a una guitarra y tomándola entre sus manos empezó a jugar con las cuerdas. Algunos, los más aventajados comprendieron allí la lección.

Otros, los más lentos, esperaban la música.

El hombre volteó hacia arriba y acariciando su guitarra empezó a cantar. La música fue tomando forma. Primero ambigua e impredecible y después clara y precisa.

Muy pocos reconocieron en la ambigüedad su etapa, otros voltearon a ver a otros y se vieron en sus adentros.

Cuando comenzó la canción, ocurrió lo que con tanta impaciencia y amor esperaban todos. El cantante estaba enseñándoles a destruir un pasado.

La alegría fue indescriptible, algunas parejas se besaron y otras comenzaron a juguetear bajo las ropas. En diez minutos todos se dieron cuenta que estaban a un paso de lograrlo, empezaron a aplaudir frenéticamente y a gritar por la victoria que se avecinaba.

De pronto apareció el mar, todos formaban un océano, lleno de superficies complejas en movimiento. El placer que sentían al hacerlo era orgásmico. Algunos entraron en convulsiones, otros gritaron. Algunos más se quitaron la ropa. El todo en que se estaban convirtiendo los envolvía y tonificaba; cada uno sabía que todos sabían y ese saber se convertía por sí mismo en una existencia.

Lo que pasaría después nadie lo imaginó... vino la policía a evitarlo.

El diálogo

El zumbido de las moscas, la gota de agua destruyéndose abruptamente al chocar contra el fondo del lavabo y el viento.

De cuando en cuando, el grito de algún pájaro perdido. La tierra húmeda y el cielo cubierto de gris hondura.

Silencio interno, sólo atento y concentrado oír de lejanas sirenas, golpes de neumáticos y aviones perdidos.

Intenso y sofocante miedo; terror de lo evidente, angustia por lo obvio. De pronto un trueno agudo y penetrante, quebrar de cielo y tierra.

Desde la estancia un hombre recién nacido temblaba. Se había desnudado y, de pie junto a la ventana, reía.

—Me da lo mismo que seas dramático, no vas a asustarme; demasiado bien conozco tus enojos y malos humores. La respuesta fue otro trueno y un súbito silencio de todos los pájaros e insectos.

—No tienes que repetírmelo —contestó el hombre—, la cuestión es muy clara, deseas comenzar la lucha y yo estoy dispuesto. Sólo que no seas melodramático.

Los pájaros volvieron a trinar y una lluvia suave y espesa empezó a mojar las ciruelas y peras sostenidas de las ramas.

El hombre sonrió y haciendo un gesto de benevolencia habló de nuevo: —Veo que estás de mejor humor y eso me satisface. La cuestión, tal como yo la veo, es la siguiente: me has tratado de mostrar que existes fuera de mí mismo y crees que con tus rayos y truenos me vas a convencer. Estás completamente equivocado, sólo eres parte de mí mismo. Acepto que en ocasiones me asustas pero sólo eres un rasguño en mi piel.

La estancia vibraba, el tictac del reloj aumentó de volumen y el viento movió frenéticamente los árboles. Después de un breve silencio el cielo se oscureció.

—Claro —replicó el hombre— no te gusta que nadie te hable sin antes rendirte pleitesía. Eres orgulloso y primitivo, sólo cono-

ces el lenguaje del terror y la destrucción. Pero... ¿a quién le estoy hablando?, ¿cómo puedo platicar con algo que no existe?

El hombre empezó a temblar de nuevo, sus ojos desorbitados esperaban una respuesta y ésta no se hizo esperar. Dos toques de trompeta se escucharon en todo el Bronx.

El hombre levantó los brazos y sentándose en el suelo replicó:

—Debo destruirte, no soporto ser parte tuya, yo soy yo y tú estás incluido en mí, nunca me has enseñado nada, sólo terror es tu respuesta y eso es algo que no soporto más. He aprendido a construir destruyendo y mi terror sólo significa que todavía existe dentro de mí algo que no he podido borrar.

El hombre tomó a la mujer y la penetró violenta y agresivamente. Después se puso de pie y empezó a caminar de un lado al otro de la estancia.

—No más deseo, está destruido; no más pudor, está destruido; ahora, ¡cállate de una vez por todas!

El terror desapareció, el sol traspasó las nubes y la estancia se pintó de anaranjado.

—Claro —contestó el hombre—, tú pensabas que me iba a acobardar, que iba a caer de bruces delante tuyo haciéndote oraciones. Ahora estás vencido, no hay nada que puedas enseñarme. Todo lo construyo yo y tú eres sólo un concepto mío.

La tormenta hervía la tierra, la luz de los relámpagos cegó al hombre que cayó de espaldas cubriéndose la cara. Sabía que lo habían vencido. Trató de pensar cuál había sido su error, pero la angustia lo sofocó. Se paró de nuevo y golpeando en el piso gritó:

—Eres un farsante, nunca fuiste nada más, pero a mí no me engañas, tienes que ser destruido y yo me encargaré de hacerlo. No acepto ser parte tuya, eso acabaría conmigo, y eso... ¡no lo acepto!

Dos nubes chocaron, la diferencia de potencial comenzó a crear una chispa que se expandió rápidamente y el sonido llegó a los oídos del hombre. Éste, frenético, predijo: ¡No llegarás a tronar! ¡Maldito seas!

El estruendo se paró en seco, dos pájaros trinaron y el zumbido de las moscas se dejó oír.

—No me asustaste, te he vencido, eres un imbécil farsante, hijo de puta, ¡desaparece!, ¡esfúmate!, hazte polvo, ya no quiero luchar.

La mujer se abrazó de las piernas del hombre y le pidió que no continuara; éste la tomó de los hombros y le dijo: —Por mí, está terminado; ya no te preocupes. Los dos se sentaron a esperar.

De pronto se oyó un movimiento en la cocina. El hombre tensó sus músculos y se dirigió a ella. A través de la ventana se veía el jardín. Los árboles y el césped brillaban. Las gotas atrapadas en las hojas caían a la tierra y un gusano se revolcaba en la humedad.

El hombre llamó a la mujer y mostrándole el jardín le dijo: —Afuera está igual que ayer y que mañana; no ha pasado el tiempo, era necesario destruirlo y hecho está. La mujer no dijo palabra, tomó al hombre de la mano y lo llevó a la estancia. Colocó su cabeza en su pecho y lo abrazó. El hombre escondió su cabeza en el vientre de la mujer. Le susurró caricias y le prometió no luchar más. Se sintió vencedor y su miedo desapareció.

De pronto, frunció el ceño y mirando a los ojos de la mujer, le dijo que después de destruir el deseo, el sexo y el tiempo, ya no quedaba más. En ese instante la estancia comenzó a girar, las puertas a tronar y las ventanas a doblarse, la mujer empezó a chillar y el hombre se paró de nuevo y a voz en cuello se burló: —Deja de estar haciendo papelitos: o hablas conmigo de igual a igual o te callas, pero, acaba, entiéndelo, ya no quiero luchar contigo.

El giro continuaba, el hombre buscó frenéticamente en su cultura algo por destruir. La idea comenzó a aparecer... el amor, debía destruir el amor. Luchando por no caer mató el amor; era sólo un aprendizaje como cualquier otro, sólo parte de una historia personal, y por tanto no existía.

El giro terminó, el hombre se calmó y trató de aplacar la ira. Volteó a ver un árbol y le dijo burlonamente: "Tu señor es un enojón y apenas alguien le dice claramente las cosas se avergüenza de sus modales."

El hombre había comprendido, debía destruirlo todo en su interior, tal era la única forma de vencer, pues la lucha continuaría.

Destruyó su familia, su país, su mundo, su tiempo, su poder, su sexo, su amor y de pronto se le ocurrió oír música. Buscó la séptima de Beethoven; y ya recostado entre dos altoparlantes, escuchó.

El miedo apareció de nuevo, se convirtió en terror y después en angustia. Beethoven reproducía una lucha y en los pasajes en que su Dios lo vencía, su miedo se transmitió. El hombre rompió los discos y llorando destruyó también la música.

No quedaba nada más que la sensación de seguir existiendo y de ser.

Los truenos volvieron a aparecer, el hombre, desesperado, se quejó: "Ahora qué pretendes tú, ¡demonio del diablo!, he destruido todo, no me queda nada más que el mí mismo y eso no lo voy a matar, así truenes y vomites sangre. Deja de luchar con-

migo, ya no quiero seguir hablando contigo, te desprecio, te maldigo, ¡esfúmate!

Las trompetas sonaron. El hombre se recostó y, adoptando una posición fetal, comenzó a llorar en silencio: "No me queda nada, estoy vacío, y todo por aceptar la lucha. Quiero que termine, ya no lo resisto."

Un grito se oyó en medio de las tinieblas, alguien había muerto y su despido fue escuchado por el hombre. Éste no lo podía creer, era demasiado.

—¿Por qué hiciste eso? ¿Quién eres tú para acabar con la vida de un Dios? Te repito que no me voy a destruir convirtiéndote en mi adoración. Pero, ¿sabes?, acepto tu existencia y acepto la mía. No trataré de convertirme en ti pero tú tampoco te convertirás en mí.

La tierra descansó, el tiempo volvió a marchar y los pájaros a cantar.

La mujer vio al hombre con ojos de espanto y éste se vio a sí mismo en silencio.

Había aceptado la existencia de Dios y al mismo tiempo la existencia del hombre como Dios.

El diálogo había comenzado.

parte 2



Del determinismo

Lo que somos depende de lo que hemos recorrido. La profundidad con que percibimos y las creaciones que logramos son lo que son por todo lo que ha sido. Si no hubiéramos tenido tal o cual experiencia, la forma en que vemos al mundo sería distinta de lo que es. Es en este sentido que existe el determinismo, no hacia el futuro ni tampoco hacia el pasado, sino en la forma actual en que se vive y siente.

Es una especie de camino que está presente en el ahora, conteniendo este ahora todos los presentes previos. La experiencia interna de cualquiera es precisamente la forma en que se vive este presente permanente, recipiente de todos los presentes permanentes que han sido.

El determinismo es de estado de conciencia y no de verbalizaciones.

De los caminos

El hombre es un buscador de caminos y por ello los construye y recorre. Desea llegar a la felicidad y a la esencia y se traza un recorrido. Alguien puede optar por la ciencia, aquél por el arte o la filosofía, el de más allá por la política.

Si se tiene suerte, todos los caminos conducen a una misma meta, y ésta es siempre la convicción de que no hay camino. Cuando se alcanza esta sabiduría se empieza a ser. Desde este punto de vista, todos los caminos son uno solo cuando desaparecen.

Sin embargo, hay una diferencia; en el camino se recogen frutos y se cosecha. Dependiendo del camino escogido serán los frutos, cuando el camino desaparece queda la cosecha y ésta acompaña al ser. Si el camino ha sido materialista, la cosecha será amarga, si en cambio ha habido amor, la cosecha será dulce.

Tomar un camino es sólo escoger una forma particular de ver.

De la estabilidad del mundo

Giramos la cabeza o movemos los ojos y a pesar de este movimiento el mundo permanece fijo y estático. Caminamos y las cosas permanecen en su lugar, volamos y el universo queda en tierra, inmutable y pesado.

A partir de todo esto llegamos a la conclusión de que en sí, el mundo es estable porque tal es su esencia, y lo que se mueve y traslada somos nosotros.

En realidad, la estabilidad que atribuimos al mundo es sólo una descripción y una apariencia. Es el producto de la fisiología de nuestro cerebro, mas no una característica intrínseca del universo como tal.

Tal fisiología consiste en que poseemos sistemas neuronales de comparación. Cuando los ojos se mueven, existe un sistema cerebral que cuantifica el movimiento en términos de su dirección, velocidad y magnitud, y esa cuantificación se resta del movimiento de las imágenes proyectadas en la retina.

El resultado de la resta es la nulificación del movimiento en cuanto percibido. Esto hace que el mentado movimiento se acabe, lográndose así la estabilidad de la imagen.

Si no poseyéramos un mecanismo de resta y equilibrio de información, el mundo no sería estable sino que se movería con nosotros.

Si esto ocurriera entonces atribuiríamos al mundo la característica intrínseca de inestabilidad y consideraríamos incuestionable la realidad de tal atribución. El hecho de que estemos construidos como lo estamos, hace que veamos el universo como lo hacemos. Pero el universo en sí, no es ni estable ni inestable, somos nosotros los que construimos esas categorías.

Del morir para vivir

Es necesario matar el pasado para poder vivir el presente.

El ahora es siempre nueva vivencia.

Condición del aprendizaje es liberarlo de toda carga, de toda consideración que lo limite y determine, es decir, del tiempo.

El mundo es suficientemente amplio, estimulante y variado para poder vivir en él, siempre en el ahora permanente, nuevo y cambiante.

Quienquiera vivir deberá estar preparado para un constante e iterativo morir.

Porque construir sobre lo ya construido sólo es posible cuando previamente se ha destruido.

De las constancias

Nuestros procesos verbales implican en mayor o menor grado la consideración abierta o encubierta de la existencia de constantes.

Vemos un objeto y lo incluimos como perteneciente a un espacio constante, fijo e inamovible.

Transmitimos una señal y ésta la conceptuamos como viajante en el mismo espacio. Hablamos de la existencia de una fuerza gravitatoria como la que hace interactuar la masa de dos objetos siempre a través de algo que permanece constante. Nosotros mismos nos vemos constituidos por un yo permanente que acumula historia, tiempo, experiencias y datos.

La verdad es diferente de nuestras consideraciones; el yo existe en tanto que cambia y se transforma continuamente, renovándose cada instante.

De la creación de los opuestos

Todo engendra su opuesto. Los contrarios se vuelven idénticos al crearse en forma mutua y simultánea.

Si alguien habla de música, está implicando la existencia de ruido, si se discute acerca del ruido se niega en éste la música y es esa negación la que la crea.

Si se menciona la belleza se parte de la existencia de la fealdad y en ese partir está la creación de ésta.

Cuando un hombre de ciencia considera positiva la divulgación popular de un descubrimiento, está al mismo tiempo considerando la existencia de un sistema de comunicación elitesco sólo asequible a conocedores. Cuando se habla de salud se crea implícitamente la noción de enfermedad, etcétera.

Sin embargo, la creación de los opuestos sólo se da en el lenguaje verbal o en cualquier otro sistema categorizador y reduccionista.

En la interpretación y conceptuación cognoscitiva del universo es donde los opuestos se crean, nunca en el universo en sí mismo. Por universo, compréndase bien, no se entiende aquello que la física considera como tal, sino más bien el universo vivencial. En estos términos no es en la vivencia auténtica donde se crea el opuesto sino más bien en el pensamiento acerca de la vivencia. Ésta es única e incomparable, existe en sí misma.

Del conflicto

Dos alternativas de acción mutuamente excluyentes son la base de la mayoría de los llamados conflictos.

Cuando un hombre se enfrenta a la decisión de escoger entre dos opciones que tienen el mismo valor pero que son contradictorias entre sí, le ocurren una serie de fenómenos que se asocian con un estado al cual se ha denominado de conflicto. Ninguna de las dos opciones puede escogerse puesto que son iguales, al mismo tiempo no es posible colocarse pasivamente en un punto intermedio de equilibrio.

La descripción anterior resulta elegante y lógica. . . pero falsa. Los conflictos no existen sino como nivel descriptivo superficial.

En realidad la situación de enfrentamiento a dos opciones idénticas en valor, pero mutuamente excluyentes, tiene en sí un error de consideración. Ni existen opciones ni existen contradicciones reales, siempre hay —en las supuestas opciones— un dato falso, una consideración irreal o una falacia.

Cuando alguien dice haber resuelto un conflicto, lo que quiere decir es que se dio cuenta que éste no existía en realidad sino sólo como fantasía estructurada.

Esto demuestra sin lugar a dudas que el conflicto como verdadera encrucijada entre dos alternativas es más bien un error conceptual y como tal debiera ser visto y analizado.

Del aprender como confirmación

El carácter del auténtico aprendizaje es confirmar algo que ya estaba dentro de uno mismo.

La sensación asociada al acto de aprender es más de redescubrimiento que de novedad.

A partir de cierta edad, tenemos suficientes experiencias y vivencias para que el aprender de ellas sea un simple arreglo de sus interacciones; una reordenación de su jerarquía y de sus múltiples influencias y no una acumulación de informaciones nuevas. Tales informaciones ya están allí, es solamente su redescubrimiento lo que constituye el aprender.

El aprendizaje no consiste en acumular nueva información, sino en reconocer como propia la ya almacenada.

Este aprender es entonces un acto creativo de la mayor pureza y profundidad.

De las metas

Es experiencia común el acto de plantearse metas. Alguien desea llegar a ser escritor, pintor, poeta o político. Cuando el deseo existe, la meta se ve lejana, inalcanzable, insospechadamente hermosa y magnífica, separada de uno mismo por una barrera de asombro y falta de familiaridad, sólo con posibilidad de pertenecer a otro y nunca a uno mismo.

Cuando uno la alcanza, siempre ocurre sin sospecharse que se ha llegado. Por la misma razón, vivir en ella no representa ningún cambio; sólo una actividad más que nunca deja de ser propia y familiar. La característica sensación mágica que se tiene al pensar en lo que se deseó, se pierde en el momento en que se cumple el deseo, y lo que queda al cumplirlo es siempre lo mismo que antes, es decir, el uno mismo sin barreras mágicas ni asombro ni magnificencia.

Del relativismo

Aseguramos que el mundo *es* y está constituido por entidades constantes.

El movimiento de los objetos que lo forman, su tamaño y sus relaciones mutuas parecen estar allí, fuera de nosotros, estables y estáticas.

Cuando caminamos, vemos nuestro alrededor en movimiento, pero consideramos que somos nosotros quienes nos trasladamos y no el mundo.

Somos pues, el punto de referencia del movimiento vivencial, pero pensamos que las cosas tienen un propio punto de referencia, el cual no depende de nosotros mismos.

Cuando nos acercamos a un edificio, éste se agranda ante nuestros ojos; consideramos que este aumento de tamaño no es real, que se debe a nuestros pasos, somos pues el punto de referencia del agrandamiento, al considerar que éste no ocurre en el edificio sino en nosotros mismos. Pero al mismo tiempo opinamos que el tamaño de un edificio tiene como punto de referencia el mismo. Que éste está dado de antemano y su definición la da la magnitud de su propia y estable construcción.

Entre el punto de referencia nuestro y el supuesto intrínseco de las cosas, siempre hay un vencedor y éste siempre es el mundo.

La misma situación está relacionada con la localización de los objetos. Vemos un objeto delante de otro y consideramos que esta relación está intrínsecamente determinada, sin embargo, cuando nos trasladamos a otra posición, la relación de superposición cambia y se invierte. La localización varía constantemente para nosotros, sin embargo esto no es tan real como la establecida y determinada por el punto de referencia de los objetos... ¡como si las cosas tuvieran la capacidad de poseer puntos de referencia!

Construimos un mecanismo que tiene un movimiento "constante". Una aguja que gira alrededor de un eje y cambia de posición y vuelve al lugar inicial cada vez que en un mecanismo seme-

jante otra aguja hace lo mismo. Por el acuerdo entre los dos mecanismos suponemos que el giro "dura" siempre lo mismo, y es precisamente esta concordancia lo que nos hace pensar que hay algo con existencia propia y con un punto de referencia independiente, a lo cual denominamos tiempo. A pesar de esto, experimentamos que un giro completo de la aguja puede estar asociado con un infinito de vivencias, pensamientos e ideaciones y el siguiente puede transcurrir en completa ausencia de las mismas.

Nuestro tiempo es tan variable como el azar y sin embargo aseguramos que es constante e independiente de nosotros mismos, simplemente porque dos mecanismos de relojería se mueven al parejo. De nuevo las cosas ganan la partida; es más importante el movimiento de una aguja que nuestras vivencias.

La estabilidad y constancia que atribuimos al mundo no existen en él, somos nosotros los que las creamos, al desconfiar e invalidar nuestras vivencias internas y darle más importancia a las cosas que a nosotros mismos.

Si confiáramos, sabríamos que todo es relativo y que lo único que no lo es, es que lo es.

De la descripción del mundo

Hagamos juntos el siguiente experimento: veamos un objeto iluminado, por ejemplo, una ventana con barrotes, en un día de mucho sol. Mantengamos la vista fija en ella y después cerremos los ojos. La posimagen que aparece es un negativo de la ventana, y resulta de una permanencia de la activación de los receptores retinianos y por supuesto, del disparo de las células cerebrales activadas por tales receptores.

Ahora repitamos la experiencia, pero con una variación. Después de ver la ventana, cerremos los ojos y movámoslos de izquierda a derecha. Lo que sucede es que la posimagen se mueve también.

¿Cómo explicar este movimiento de la imagen, si sabemos que los receptores retinianos se activaron en una porción estable de la retina y esta porción no cambió con los movimientos oculares?

La contestación la da esta observación familiar; volvamos a ver la ventana y, sin cerrar los ojos, movámoslos de izquierda a derecha. La ventana permanecerá en una posición estable y no se moverá con los movimientos oculares a pesar de que aquí, la proyección retiniana de la ventana sí varió de posición. Si pensamos que el movimiento de la imagen luminosa en la retina fue en la dirección contraria —de derecha a izquierda— que los movimientos del ojo —de izquierda a derecha—, la contestación a la pregunta es clara. Un movimiento fue restado del otro y por tanto se nulificaron; esto hizo que, con los ojos abiertos, la ventana permaneciera en un lugar y no se moviera. En cambio, durante la posimagen, la resta se realizó con respecto a una constante —la imagen estable en la retina— y por tanto no se nulificó, dando por resultado el movimiento de la ventana.

Las operaciones de resta las realizó el cerebro y el resultado fue la aparente estabilidad del mundo a pesar de nuestros movimientos. Si no poseyéramos este mecanismo cerebral, el mundo se

movería con nosotros y esto haría que lo consideráramos incuestionablemente inestable.

Puesto que las características de estabilidad o inestabilidad dependen de las funciones de nuestro cerebro porque éste es quien las construye, el mundo es una descripción que depende precisamente de ese funcionamiento cerebral.

De la conducta como resultante

Nuestra conducta manifiesta es extraordinariamente compleja. Los movimientos que realizamos y el lenguaje que utilizamos pueden alcanzar tal finura y variación que ante ellos sentimos asombro y orgullo; sin embargo su maravilla es sólo un reflejo de lo que ocurre en nuestro interior.

La serie de operaciones lógicas que debe realizar un cerebro para ordenar que dos manos ejecuten una sonata de Beethoven es tan compleja, que no ha podido ser imitada por ninguna computadora. Los pasos matemáticos "naturales" que ordenan la activación secuencial de nuestras cuerdas vocales, para dar como resultado la expresión verbal de una idea, deben ser tan intrincados, que ninguna teoría matemática ha sido capaz siquiera de enunciarlos.

¿Por qué si poseemos tales sistemas lógicos y matemáticos no somos capaces, cada uno de nosotros, de manejar la lógica o la matemática, y tenemos la necesidad de estudiar estas disciplinas cuando en forma natural las emplea nuestro cerebro?

¿Qué es lo que nos impide ver estos procesos internos y nos hace simples espectadores de sus resultantes?

Analicemos una de estas resultantes para hacer más clara la inquietud, pero hagámoslo en un animal mucho menos evolucionado que nosotros, quizá así nos sentiremos más asombrados.

Un mosquito vuela alrededor de un estanque en cuya orilla se encuentra una rana. Sopla viento y éste empuja al insecto hacia el batracio. Cuando la distancia entre los dos animales es de algunos centímetros, la rana da un salto y caza al mosquito. El encuentro de la rana y el insecto en el aire no es fortuito, para que ocurra tal simultaneidad la rana debe realizar los siguientes cálculos:

a) Analizar la trayectoria del insecto y encontrar en ella lo repetitivo.

b) Lanzar una predicción acerca del lugar en el espacio que el mosquito ocuparía en un inmediato futuro.
c) Ajustar esta predicción al tiempo probable de duración de su propio salto.
d) Determinar la velocidad y trayectoria del mismo, ajustándose a las desviaciones posibles provocadas por el viento.
e) Activar los músculos saltatorios con las órdenes necesarias para darles la suficiente potencia en el tiempo óptimo, etcétera.

Es probable que estos cálculos sean mucho más complicados que los que actualmente se realizan para mandar un cohete a la luna, y eso en un animal mucho menos evolucionado que el hombre.

Es por ello que más que asombrarnos por la aparición de un genio matemático, nos deberíamos preguntar qué es lo que impide que todos nosotros lo seamos por propia naturaleza.

De la proyección del mundo

Todo lo que imaginamos, sentimos, percibimos y pensamos ocurre en nuestro interior. Desde este punto de vista no existe diferencia entre los cuatro procesos; sin embargo lo percibido se aparta de lo sentido, pensado e imaginado en un punto fundamental. El mundo que vemos, olemos y oímos parece encontrarse fuera de nosotros a pesar de que su vivencia sólo ocurre como resultado de la activación de nuestro cerebro. En otras palabras, proyectamos al mundo perceptual fuera de nosotros y no lo experimentamos como ocurriendo dentro.

En cambio lo que imaginamos, lo que pensamos y las emociones que sentimos no sufren el proceso de proyección al exterior; ocurre dentro y así son vivenciadas.

¿Depende la diferencia que existe entre la vivencia proyectada al exterior y la que no lo es, del aprendizaje y del desarrollo? ¿Es sólo un acuerdo o una descripción o quizá es genéticamente inevitable?

Es un misterio, pero no mayor que el de la existencia de las propias vivencias.

De la expresión

La intuición es el nivel más profundo de creatividad, es vislumbrar lo conocido en lo desconocido, hallar la relación y la esencia sin buscarla, es el ser sin estructuras.

La intuición, como la vivencia y la emoción, no puede ser transmitida. Cuando se pretende reducirla a comunicación verbal y se expresa, no es lo que *es*. Lo que *es* no puede ser expresado, lo que sí puede serlo es sólo su apariencia.

Puedo mencionar la palabra azul cuando veo el cielo, pero ésta no es la vivencia, es sólo su categorización y ésta siempre es reduccionista.

Puedo llamarle luz a la experiencia de ver el sol, pero la palabra no es la luz. Puedo verbalizar el resultado de mi intuición, pero ésta nunca estará contenida en aquélla.

La intuición difiere de la experiencia perceptual en términos de su complejidad, pero nunca en cuanto a su posibilidad de ser expresada. El pretender que lo sea es un engaño, la absurda imposibilidad de ver lo obvio.

Se lee en Lao Tse:

> El tao que puede ser expresado
> no es el verdadero tao.
>
> El nombre que se le puede dar
> no es su verdadero nombre.
>
> Sin nombre es el principio del universo,
> con nombre... es la madre de todas las cosas.
>
> Desde el no-ser comprendemos su esencia;
> y desde el ser, sólo vemos su apariencia.
>
> Ambas cosas, ser y no-ser, tienen el mismo
> origen, aunque distinto nombre.
> Su identidad es el misterio.

Y en este misterio
se halla la puerta de toda maravilla.

Vete a ti mismo viendo, óyete a ti mismo oyendo, siéntete sintiendo y piénsate pensando, ahora expresa lo anterior. ¿Te das cuenta? Lo expresado no se acerca siquiera a lo vivenciado.

Existe entre lo que *es* y su expresión un abismo que no puede ser colmado con nada conocido; no vale la pena hacerlo.

Si no puedes comprenderlo es quizá porque no quieres intuirlo. Déjate libre y en ese instante entenderás, y nada a partir de ese momento será igual para ti. Lo que antes considerabas diferencia dejará de serlo. Lo que pretendías demostrar como importante se acabará, todo será nuevo empezando por ti.

De la intuición

Existen por lo menos dos formas de conocer, cada una asociada con dos modos diferentes de ser.

La primera es la que utiliza una herramienta, como las matemáticas o la lógica formales. Las personas que conocen a través del uso de herramientas, dependen en sus conclusiones del camino y sistema fijado por éstas. Para llegar a cualquier conclusión necesitarán seguir una serie de pasos "lógicos" y secuenciales.

La segunda forma es la intuición. Ésta es siempre el sentir certezas; cursa a través de un camino sin secuencias fijas ni deterministas.

Su aparición es siempre un misterio hechizante y mágico, simultáneo y sincrónico.

Los intuitivos no necesitan de herramientas ni ecuaciones, ellos mismos las crean por la sencilla razón de que lo son.

Si hay algún intuitivo entre los que leen estas líneas debe saber que forma parte de la vanguardia de la evolución, que está a punto de lograr el autodeterminismo y que debe desarrollarse siendo libre, es decir, jamás atándose a estructura o acuerdo alguno.

Del respeto

Respetar a alguien no es definirlo, no categorizarlo ni esquematizarlo.

El respeto implica la certeza de que cada quien es una unidad independiente y un centro de un universo. No respetar a alguien es verlo como apéndice o extensión de uno mismo. Es creer que ese alguien es transparente y claro.

Cuando definimos a alguien estamos reduciendo su maravilla a unidades verbales. La reducción que hacemos es aberrante por dos razones; en primer lugar porque las palabras o el análisis lógico no son la persona; cuando creemos lo contrario estamos confundiendo el símbolo con lo simbolizado; en segundo lugar, porque la reducción la hacemos tomándonos como punto de referencia, incluyendo a la persona dentro de nuestra propia y particular realidad.

En otras palabras, consideramos a la otra persona como nos consideramos a nosotros mismos, cuando en realidad las consideraciones de nosotros mismos casi siempre se basan a su vez en las consideraciones de los otros. Esto último es absolutamente cierto cuando pensamos ser capaces de definir al otro, puesto que este pensamiento siempre supone que el otro es igual a uno y esto a su vez implica un absoluto desconocimiento de nosotros mismos.

El que se conoce a sí mismo sabe que es imposible y absurdo representar con una definición verbal toda su realidad interna; por tanto, jamás intentará definir a otro.

El que no se conoce a sí mismo acepta definirse y categorizarse y no le molesta ni incomoda que otro trate de hacerlo, aún más, le satisface pues cree que la definición le da más realidad. Esto hace que sin ningún problema se atreva a definir al otro.

La verdad de las cosas es que sólo el mediocre no respeta y sólo el hombre que se conoce indefinible, respeta a los demás, puesto que sabe que son tan maravillosos y misteriosos como él mismo.

De la fe

El origen de la fe y su meta verdadera es el propio hombre.

El auténtico sentido de la fe religiosa es la confianza en uno mismo. Tener fe es confiar que dentro de cada uno hay algo que sabe y que no se deja engañar.

Aquel que tiene fe, cuando es auténtico, la refiere siempre a su interior. Sabe que el sentirse mal resulta de detectar su falta de autenticidad. Conoce que sentirse bien es un acercarse a la esencia.

El que tiene fe es aquel que destruyendo estructuras ha llegado a la bondad, aquel que por lo mismo, no teme a la muerte porque ha entendido que también es parte del ser.

La religión maneja el concepto de fe asignándole un valor instituido, rígido y externo al ser. Presiona a sus creyentes para que acepten la existencia de eventos que llama sobrenaturales y obliga a sus adeptos a considerarlos ciertos y reales independientemente de su veracidad. En este sentido, el hombre que acepta la fe como imposición, es el que más lejos está de ésta. Los fundadores de religiones manejaban el concepto de fe en forma distinta de sus sucesores. Para el iniciador la fe es descubrimiento y convicción personal, sin tener nada que ver con eventos externos y alejados de sí mismo. Su fe es resultado de percatarse de que existe en su interior algo que sabe, que determina realidades y que detecta falsedades. Sabe que existe una esencia y que ésta es siempre infinita en posibilidades puesto que está en continuo cambio. Se conoce como portador de esta esencia y confía en ella, aún más, tiene la certeza de que el camino consiste en quitar cualquier obstáculo que inhiba la vivencia de tal esencia.

Para el iniciador, estas cogniciones son tan claras y obvias que se encuentra en ellas natural y tranquilo y por tanto intenta comunicarlas. Es en ese momento cuando puede aparecer la aberración, puesto que la certeza existencial de fe es algo más que las palabras y no se puede transmitir a través de ellas, si las personas que las escuchan caen en el absurdo de empezar a confiar mucho

más en el iniciador que en ellos mismos, y llegan a apropiarse de las cogniciones de éste, sin que aparezcan como descubrimiento propio; esto es lo más alejado de la auténtica fe.

De la música

Existen muchas formas y niveles de oír música.

Los hay en donde simplemente algo se mueve en consonancia con el ritmo, otros en donde cada instrumento es separado del conjunto y es escuchado con el resto; otros más en los cuales la música es únicamente pretexto.

En cambio, existe una sola forma de escuchar música, y es cuando ésta se vuelve parte de uno; cuando se entiende una conversación entre dos instrumentos y cuando en esa plática hay misterio y continuo aprendizaje, o cuando a través de la forma de tocar se adivina la existencia de un universo nuevo y distinto del nuestro. Cuando la música se descubre como parte de uno mismo, entonces ya no se le oye simplemente, se convierte en una relación rica e infinita en posibilidades, en la que siempre se descubre lo imposible de verbalizar.

Del mundo

El mundo está cambiando, las personas que lo habitan, despertando. No es una impresión falsa, es algo que ocurre en todas partes. No se trata solamente de un cambio en uno mismo, que hace ver las cosas distintas. También lo es sin duda, pero más que nada es algo que se está fraguando y generalizando en todas direcciones.

Es un estado de despertar y darse cuenta de que el único parámetro de medida es uno mismo, que dentro de uno se construye todo lo que nos rodea y que es posible decidir y cambiar las cosas.

La gente que antes vivía dormida está despertando, todos en todas partes lo estamos haciendo. Algo pasa en el mundo; algo cuyas consecuencias son impredecibles, pero que sucederá y será lo más maravilloso que se ha visto sobre la tierra. Será la posibilidad de definirlo todo, de construir a voluntad y crear nuevos universos.

Observa a un niño, conversa con él, te darás cuenta de que hay algo mágico en su mirada, que algunas cosas que dice son incomprensibles y otras, las que es posible entender, tan profundas y maravillosas son que antes sólo era posible encontrarlas en un anciano.

De la evolución de la música

La música ha recorrido un camino semejante al del despertar en un hombre.

Cuando alguien despierta logrando quebrar las estructuras que lo sostenían, se vuelve más libre. Deja de satisfacer lo que antes era placer y gusto y cada vez más se tiene la sensación de escuchar y observar a otros universos en proceso de creación.

De la misma forma, la música ha cambiado, de manifestación de emociones clasistas y autocomplacientes a vivencia de universos en proceso de cambio.

Por ello, no debe extrañar que los jóvenes se interesen más por aquella música que está más de acuerdo con su propio despertar, es decir, con esta observación de universos y esta continua creación de conocimiento acerca de la esencia.

Del ego

La sensación del yo persistente es simplemente una superestructura de acuerdos e inseguridades.

Sentir que existe algo que permanece en uno mismo no es más que aceptar una estática aberrante.

El ego subsiste sólo como ente observador de sí mismo, en términos de nexos sociales y obligaciones culturales. Cuando éstas y aquéllos se logran destruir, sólo queda lo que cambia de continuo y que no permanece. Es decir, al destruir la superestructura de acuerdos se destruye la sensación del yo en cuanto permanencia. En ese momento, se establece contacto con el universo y éste penetra en uno sin bloqueos ni juicios. Cuando tal sucede, ocurre una transformación que tiene como tendencia y meta el abandono del ser y la consecución del no ser.

De lo semejante y lo opuesto

Cuestionar el sentimiento es no tenerlo, desear que aparezca implica que no existe.

La peor forma de aprender algo es por su contrario, puesto que esto sólo lleva al análisis teórico, intelectualizado o académico.

En cambio, el verdadero conocimiento sólo se obtiene cuando se da en uno lo mismo que se dará.

Es por ello que lo único que puede enseñar es lo que es igual, y lo que imposibilita el aprendizaje de esta enseñanza es pensar y actuar como si el opuesto fuera el que enseñara. Esto es, cuando se prefiere el análisis verbal —es decir, aquel que funciona creando opuestos— a la experiencia vivencial —aquella que enseña por igualdades— se deja de avanzar y se cae en el estado de "sueño". Cuando en cambio se aprende de lo semejante, ocurre un paso adelante en la evolución y éste es el verdadero aprendizaje.

Del pasado

Me he preguntado muchas veces si será posible volver al pasado. Siempre me imaginaba la existencia de una máquina muy complicada: máquina del tiempo. Pensaba que este artefacto me llevaría.

Pero hoy lo comprendí. El viaje al pasado es posible y no requiere máquina alguna. Para entenderlo es necesario recordar varias cosas: la realidad y el mundo están dentro de nosotros. Cuando percibimos algo es porque nuestro cerebro ha sido activado. Las personas que vemos, los olores que olemos, las canciones que oímos son nuestras construcciones en el sentido de que están dentro de nosotros.

Nuestro cerebro puede almacenar información y evocarla cuando él realmente lo quiera. La evocación puede hacerse a varios niveles, el simple recordar, el reconocer o, el más profundo, cuando todo se reconstruye y se ven imágenes proyectadas al exterior y se oyen sonidos como si vinieran de afuera.

Si lo que percibimos y lo que soñamos es construido por nosotros y si podemos recordarlo todo, entonces, estaremos en posibilidad de viajar al pasado.

Podremos hacer retornar las agujas de un reloj y vivirlo todo de nuevo.

Alguien podría preguntar: ¿entonces dos tiempos distintos pueden convivir? La respuesta es *NO* por la sencilla razón de que somos nosotros los que viajamos al pasado, nadie más, aunque en ese pasado los otros puedan estar presentes en nosotros.

Cuando estamos en el pasado estamos en el presente; aunque ese pasado esté presente, lo está siempre en nosotros, en nadie más.

Como cada uno de nosotros está en un tiempo diferente, entonces no es posible asegurar si pueden existir dos mundos simultáneos. Es probable que hable con alguien en este momento, pero también es posible que ese alguien y yo mismo estemos en dos

tiempos diferentes; no nos damos cuenta porque al estar en un tiempo diferente estamos en el presente. Sólo cuando amamos y nos aman, ocurre que desaparecen las diferencias de tiempo, es sólo el presente simultáneo y sincrónico el que acontece.

He descubierto que puedo parar y hacer retroceder el segundero de un reloj. Y esto lo he podido hacer porque el reloj está en mí y yo construyo el movimiento de la manecilla.

Como yo soy quien construye, entonces puedo modificar.

El viaje al pasado es una realidad que ocurre cuando soy capaz de recordar que todo está en mí.

Pero sobre todo cuando tengo la certeza absoluta de que lo puedo hacer.

Del intuicionismo

Quien tiene intuición no requiere ninguna lógica formal. Más bien, confía en su sabiduría natural y deja salir las respuestas que resultan de esta sabiduría sin autoobservación.

Y estas respuestas son siempre más sabias que cualquier lógica. Lo mismo pasa en cualquier actividad; hay personas que necesitan métodos, y otras que confían en sí mismas.

En el ajedrez el proceso es muy claro. El maestro es aquel que confía que el movimiento por hacer y la jugada que aparece en su mente, es insustituible y óptima.

En otras palabras, no verbaliza las jugadas, ni las somete a una lógica, más bien deja que su cerebro las haga —averbal e "inconscientemente"—, y él sólo sigue las instrucciones.

Las personas libres y con confianza en sus procesos internos son las intuitivas. Todo despertar de la conciencia es un aumento en la capacidad intuitiva.

Del alcance de la conciencia

Existen muchos grados de conciencia. Cada uno se diferencia de los otros en la dimensión de su alcance.

Alguien puede darse cuenta de lo que pasa dentro de sí, alcanzando a ver únicamente las resultantes de sus procesos internos. Algún otro puede no solamente ver sus resultantes, sino además los procesos que les dan lugar.

Estas ideas se podrán entender mejor con un ejemplo. Supongamos que al mencionar el término "cuaderno", además de entenderse la palabra aparece la imagen visual del objeto verbalizado. Los procesos que tienen lugar en nuestro cerebro y dan por resultado este fenómeno son extraordinariamente complejos. Las personas difieren en el grado en que se pueden dar cuenta de tal complejidad.

Algunos sólo verán una imagen del objeto, es decir, serán quienes sólo ven las resultantes finales de sus procesos internos. Para otras personas aparecerá la palabra "cuaderno", y mientras ésta se forme, podrán ver los pasos secuenciales de la aparición de la imagen. Estas personas no sólo ven las resultantes sino que además son conscientes de los procesos que le anteceden.

Mientras más procesos internos sean capaces de percibir, mayor alcance tendrá su conciencia.

De la danza

La danza, como cualquiera otra expresión artística, es una manifestación de experiencias internas.

Cada movimiento de una bailarina no es más que expresión de un universo en constante cambio y evolución. Dependerán de la riqueza de este universo, la belleza y características de la danza que se ejecute. Una bailarina consumada será aquella que pueda transmitir con mayor facilidad todas sus experiencias afectivas e ideacionales. Una bailarina mediocre será aquella que le dé más importancia a la gracia y características de sus movimientos que a la experiencia subjetiva que desea transmitir.

La evolución de la danza debe tener características semejantes a las de la música, en el sentido de un aumento en la complejidad de sus componentes y sus interacciones con un subsecuente desarrollo de las experiencias transmitidas, hasta llegar a un grado en que la danza es en sí, un acto de creación en continuo cambio y sin relación de dependencia con estructuras o patrones rígidos.

En este sentido, y al igual que la música, la danza debe seguir en su evolución, patrones semejantes a la evolución del despertar de un ser humano.

Del escritor

Cualquiera que alguna vez haya escrito un cuento, una poesía o una carta, sabrá que posee un mecanismo interno que, no obstante ser averbal, puede dirigir y controlar toda la secuencia de verbalizaciones a las que da lugar.

Basta que alguien decida qué es lo que desea transmitir como desenlace de una historia, para que ésta se transforme en una serie de eventos secuenciales, que invariablemente llevan hacia la conclusión que en forma averbal se había fijado previamente.

Es como si algo externo al escritor le dictara todo lo que debe escribir y es como si el narrador fuera sólo el medio a través del cual todo este dictado se traslada al papel.

Es casi una experiencia mística y sin lugar a dudas tanto o más misteriosa que aquella. Parecería que la puesta en marcha de un mecanismo que conoce un futuro desenlace desarrolla todo un proceso para llevarnos a éste sin que intervenga un mecanismo mediador explícitamente controlado por la futura conclusión de la historia.

La explicación neurofisiológica de estos procesos es oscura, aunque se puede intentar la siguiente hipotetización; se sabe que uno de los hemisferios cerebrales está más relacionado con aspectos verbales (hemisferio dominante) mientras que el otro lo está con un procesamiento averbal de la información (hemisferio no dominante). Si eso es cierto, el hemisferio no dominante podría representarse —a través de una imagen visual— una cantidad impresionante de información, la cual se transmite al hemisferio dominante, donde es transformada en información verbal. La conocida frase: vale más una imagen que diez mil palabras, es perfectamente aplicable dentro de este contexto. La información pictórica aparecería antes que la verbal y eso podría explicar la capacidad del escritor para plantearse una situación que es verbalizada como si viniera del exterior, y al mismo tiempo explicaría la cantidad impresionante de información verbal que resulta de este proceso.

De la cultura

La cultura occidental enseña a sus niños a sentirse diferentes de los adultos. Un niño, pensamos, es sólo un niño y por tanto no puede tener todas las vivencias y sensaciones que un adulto. Un infante es un ser en proceso de desarrollo, y éste se completa cuando, al llegar a adulto, puede tener los mismos procesos internos que cualquier otro hombre.

La realidad de las cosas es absolutamente diferente. El problema es que el niño la empieza a considerar como verdad incuestionable y vive en esa creencia. Cuando un niño criado en estas enseñanzas despierta, es cuando se da cuenta de la falsedad de las mismas. Darse cuenta resulta tan difícil por la sencilla razón de que todos los adultos que rodean al "pequeño" ser, mantienen la idea de la diferencia y se oponen a cualquier evidencia que demuestre lo contrario.

Lo más curioso es que el proceso de despertar como hombre universal es siempre un retorno a la infancia previa a las imposiciones, es decir, un regreso a lo simple.

Cuando alguien se da cuenta que es igual a todos los demás hombres, que siente y piensa lo mismo que ellos, es entonces cuando el verdadero desarrollo tiene lugar. En ese momento se vuelve clara la idea de que cada uno posee en su interior a todos, y que esos todos son la posibilidad de tenerlos.

Todavía existen culturas que no se han deteriorado lo suficiente como para imponer tales enseñanzas. Los orientales enseñan a sus hijos que no hay diferencias de esencia, y que la posibilidad de ser hombre universal existe ya desde un principio. Esta enseñanza se manifiesta en formas diferentes. Las danzas que son interpretadas por toda una familia, desde el tatarabuelo hasta el bisnieto no son más que la exteriorización de la idea de que todos somos iguales.

Si comparamos a un hombre occidental con uno oriental o con un miembro de una tribu, nos daremos cuenta de que el primero

está en gran desventaja respecto de los otros dos. La razón es muy simple; mientras que el occidental ha tenido que pasar muchos años de su vida destruyendo enseñanzas, el oriental ha pasado los mismos años evolucionando, a partir del mismo punto que el occidental sólo logra alcanzar cuando "adulto".

Si pensamos que la desventaja es aditiva a lo largo de muchas generaciones, quizá podamos empezar a entender la razón de que un occidental no entienda a un oriental y también aquella por la cual el oriental ve al occidental como una especie de ente primitivo.

De lo externo

A un niño de nuestra cultura se le enseña a considerar sagrados los eventos externos que los miembros de la cultura convienen en señalar como valiosos y reales. Se le enseña que existe una necesidad de asistir a una escuela para educarse, y esta necesidad impuesta implica la creencia de que por sí mismo no puede aprender. De la misma forma se le instruye a respetar a sus padres como figuras plenas de sabiduría y de capacidad, como si él, el hijo, no tuviera en esencia las mismas características que aquellos a quienes "respeta". Se le impone la creencia según la cual él es un ente primitivo y en proceso de desarrollo que quizá alguna vez alcance a ser un adulto con el derecho a suponerse igual a todos los hombres; como si el niño no fuera un hombre.

Todas estas enseñanzas van formando alrededor del niño una especie de envoltura opaca que lo mantiene en un estado de estupor constante, estupor que se caracteriza por la perenne necesidad de encontrar quién lo instruya, enseñe y le dé sabiduría. Si alguna vez este niño descubre algo por sí mismo, siempre necesita de la aprobación externa para considerar real tal descubrimiento. No es de extrañar que sea tan difícil despertar y seguir despierto, es casi un acto heroico que requiere la valentía suficiente como para destruir lo externo. Valentía es, sin embargo, una palabra débil, es fe la que necesita, fe en que después de la destrucción no venga el caos.

De la comida

Para un occidental, comer tiene valor solamente como medio para conservar fisiológicamente vivo a su organismo. Para un oriental, la comida no tiene valor como resultante sino más bien como proceso creativo. Cuando el occidental come, lo hace para mantenerse sano. Cuando come el oriental, lo hace para disfrutarse a sí mismo como entidad creativa.

El occidental mezcla en un solo plato multitud de sabores. El oriental separa los elementos de sabor. Sabe que cada elemento es único y como tal debe ser experimentado. Conoce que su vida es creación y por tanto crea una secuencia original y única de pasos entre sabores. Secuencia que no repite casi nunca puesto que siempre es diferente.

La actitud del oriental hacia la comida es la misma que tiene con respecto a todas sus actividades. Su percepción del mundo, sus relaciones sociales y aun sus conceptos son siempre una creación de secuencias y relaciones entre elementos simples y únicos, y nunca una mezcla indiferenciada de atributos.

El occidental piensa mientras que el oriental medita. El oriental disfruta de su cuerpo mientras que el occidental lo usa. El oriental ama mientras que el occidental posee.

El oriental es causa mientras el occidental efecto.

De los sueños

Cada elemento de nuestros sueños es una parte de nosotros mismos. Lo que experimentamos al soñar y los personajes que creamos durante esta actividad son construcciones nuestras y por tanto estamos en ellos.

Si lográramos reunir todos los elementos en que nos dividimos al soñar, tendríamos como resultado al soñador. Todo esto hace pensar que nuestras creaciones tienen vida en el sentido de que son parte de nosotros.

¿Quiere decir esto que nosotros mismos somos parte de un sueño? Si esto fuera cierto, significaría que la unión de todos traería como resultado la creación de quien nos está soñando. ¿Sería este alguien lo que los religiosos llaman Dios?

Del contenido

Cuando es una creación libre, cada acto nuestro contiene todo lo que somos, lo que hemos aprendido y las experiencias que nos han formado.

La posibilidad de ver todo esto en nuestras creaciones está allí, en ellas. El todo de una persona se muestra en cada uno de sus actos. Si al menos pudiéramos ver, lo reconoceríamos.

La posibilidad de ver todo el contenido no es utópica; es, más bien, posible. Hacerlo depende de que se sea lo suficientemente libre como para no dudarlo.

De los papeles

En cierta etapa del desarrollo —cuando se han pasado muchos niveles—, puede suceder algo que encierra incontables peligros. Se puede decir que algún nivel del pasado constituye una forma de vida. En ese instante se obstruye el desarrollo. Las personas así, serán las que para la próxima generación, ocuparán, quiéranlo o no, el papel del rígido, del que no entiende, del que se ha quedado varado y hundiéndose en la arena.

De los métodos

Existe una meta, pero muchos caminos. Cada uno de ellos es distinto en sus detalles y en las experiencias asociadas con ellos. Pero no difieren en las resultantes intermedias; cada una de ellas es idéntica para cualquier camino.

Algunos pueden llegar a través de la música. Otros, a través de la poesía. Otros más, por medio de la danza. Muy pocos por la religión. Casi ninguno por sí mismo.

Los puntos críticos compartidos por todos los caminos son aquellos que constituyen los cambios en puntos de referencia. Éstos ocurren en una secuencia que es prácticamente idéntica en todos, lo único que difiere son los métodos para llegar a ellos.

Del universo y de la muerte

En nuestro cerebro la información es una disposición geométrica y tridimensional de elementos activos.

Lo que llamamos conciencia resulta de las interacciones de esos elementos. No importa que los elementos sean neuronas, potenciales sinápticos o moléculas químicas. Lo importante es la propiedad emergente que resulta de sus interacciones. Esta propiedad es un campo de fuerzas extraordinariamente complejo, que varía de acuerdo con el estado de conciencia y las experiencias presentes.

Si esto es cierto, entonces el universo, por ser un conjunto geométrico y tridimensional de elementos activos, también tiene conciencia.

Puesto que el universo nos contiene, nosotros también somos elementos constituyentes de esa gran conciencia. Por ser sus elementos, nuestros movimientos, palabras, gestos o acciones lo alteran. Aun un pestañeo es una alteración de todo el universo.

No alcanzamos a ver los cambios que provocamos, porque no somos lo suficientemente sensibles y también porque un elemento no puede ver el conjunto del que forma parte.

Nuestra muerte es sólo un ligero desequilibrio en toda la superestructura de interacciones; si es cierto que al morir dejamos de ser nosotros mismos, persistimos como elementos interactuantes. En eso consiste la inmortalidad.

De las palabras

¿Qué son las palabras?

Sólo palabras.

Del saber

María le preguntó a Alfredo:

—¿Qué le dirías a un hombre que está a punto de morir?

Alfredo cerró los ojos y dijo:

—El día en que lo viva lo sabré.

—Pero —insistió María—, imagínate que estuvieras en ese momento.

—Tú me preguntas cosas —dijo Alfredo— que tú sabes no se pueden contestar, o quizá lo haces para comparar mi respuesta con la tuya.

—Por favor, trata —volvió a insistir María.

—Bien —contestó Alfredo. Yo le diría: ¡Aguanta, que sólo son los dolores del parto!

De los movimientos de la danza

Danzar es comunicarse. Decir con movimientos lo que la palabra no puede transmitir.

El alejamiento y acercamiento cíclico, iterativo y constante de dos seres.

Los cambios de experiencias posibles y el cantar a la vida, las ilusiones perdidas y el deseo escondido, todo eso puede transmitirse durante el danzar. Es una experiencia de vivencia anticipada primero, y después de expansión sin límites, desinhibiciones sin freno, búsqueda del ser y aventura expectante.

Cada movimiento de la danza lleva a nuevos aprendizajes. Se entiende allí la capacidad que tiene el ser humano para cambiar y expandirse. Cada pareja de danzantes representa la convivencia única de dos universos. De dos universos que cuando bailan expresan lo que son sin hablar, sin comprometerse y sin temer.

De los lenguajes

Las cosas son lo que son, cuando lo son.

Nada que no sea un perfecto duplicado de las mismas (cosa imposible) puede describirlas, puesto que su lugar está allí, en lo que son y no en lo que pretende explicarlas o verbalizarlas. A pesar de ello, algunos piensan que las matemáticas podrían ser la forma de representación.

Otros consideran que al hablar de ello se puede conocer su totalidad.

Algunos más lo intentan con poesía o cuentos.

Muy pocos con gestos.

Casi nadie con nada.

Basta imaginar el vuelo de un ave, el canto de un grillo o la emoción del amor para comprenderlo.

Es posible hacer un modelo de aquello, transformarlo en símbolos o esquemas. Pero nunca lo que trata de representarlo será lo representado.

Nunca lo transformado en lenguaje será el objeto así transformado. Será únicamente la transformación. Ésta tiene vida y carácter —no hay duda—, existe por sí misma y en ello reside su valor. Pero nada más.

No pretender comunicar lo incomunicable. No caer en el absurdo de pensar que la descripción es el objeto. No confundir lo que *es* con lo que intenta representarlo.

En eso reside la verdadera sabiduría.

Es el no-ser en el ser.

Del dar crédito

La verdadera comunicación se establece cuando los que se comunican se respetan.

Respetar implica oír sin juzgar. Consiste en considerar al otro igual de auténtico que uno mismo. Involucra dar crédito a lo que se encuentra detrás de las palabras y saber que cada una de éstas es sólo un intento abortado de transmitir experiencias internas.

Dar crédito es no confundir las palabras que se escuchan con aquello que se quiere representar mediante éstas.

Cuando uno es capaz de dar crédito de autenticidad y de complejidad a otro universo, sucede que se descubre la maravilla que cada persona encierra.

La capacidad de dar crédito a otro requiere, como condición, darse crédito a uno mismo, saber que las palabras que uno utiliza también son intentos de transmisión y que detrás de ellas existe el sentido y el significado.

Obsérvate a ti mismo hablando y descubre el sentido de tus propias palabras. Cuando lo hayas logrado escucha a tu prójimo hablando, te darás cuenta que él es como tú.

En ese momento lo amarás como a ti mismo.

Del dormir y del despertar

Estar dormido es caracterizar un personaje y seguir todas las reglas asociadas al mismo.

Quien duerme no ve ni oye, sólo juzga y critica.

Nada nuevo le puede acontecer puesto que todo es fijo, inmutable y estructurado.

Su sueño es un ser soñado.

Sus acciones son actuadas a través del mismo.

Quien duerme es como un corredor vacío a través del cual pasan pensamientos ajenos, emociones actuadas y gestos de artificio.

Estar despierto es destruir el andamiaje, acabar con la coreografía y matar al personaje.

Es volver a sí mismo y aprender de uno mismo.

Es *ser* un Dios de la creación.

Es amar.

De los evangelios

Los evangelios muestran a Jesús predicando dos enseñanzas:

a) Vive en el presente.
b) Tú eres Dios.

Palabras semejantes a:
"El que al arar la tierra piensa en la pasada cosecha no es apto para los trabajos del señor"
son demostración indudable del primer tipo de enseñanza.
Y otros como:
"El señor está contigo"
indican que Jesús trató de transmitir el segundo tipo de enseñanza.

De la imaginación

El camino del desarrollo de la imaginación es intrincado y lleno de veredas. Requiere una serie de aprendizajes que sólo se consiguen aprendiendo a aprenderlos.

En una primera etapa sólo está el deseo. Si éste es lo suficientemente intenso pueden empezar a aparecer imágenes. Siempre —éstas— en carácter azaroso.

Eso es todo lo que consigue el deseo.

En una segunda etapa se utiliza la técnica que consiste en destruir el pasado. La destrucción implica la continua muerte de estructuras y acuerdos. Mientras persistan estructuras por destruir y mientras el proceso continúe, se notará un aumento en la frecuencia de aparición de imágenes.

Eso es todo lo que se logra con la destrucción.

En una tercera etapa se empieza a descubrir el proceso. Aquí aparecen los mecanismos y secuencias. En ese momento la imaginación da un salto de nivel.

Ya no son sólo imágenes azarosas y que cambian de instante a instante. Ahora es la aparición de historias, proverbios y cuentos.

El último paso ocurre cuando aparece la imagen de uno mismo. Eso sólo se consigue cuando se deja de dudar.

De la capacidad de modificar

La ventana es movida por el viento.
Los árboles se doblan por la misma causa.
El fuego se consigue frotando dos maderos.
Si quieres mover la ventana sin tocarla.
Si quieres doblar un árbol sin acercarte a él.
Si quieres obtener fuego sólo pensando en ello.

Si quieres todo eso, puedes conseguirlo, sólo habrá entre ti y tu modificación un obstáculo. Obstáculo que aunque poderoso se puede vencer.

El obstáculo es saber cuáles son los pasos que se suceden hasta obtener la modificación; es conocer las secuencias de fenómenos y saber con cuál se ha de empezar.

Si esto se sabe, lo demás es fácil.

De la transmisión por la música

La música es el producto de un universo; como tal, lo representa interiormente.

Lo que el compositor sintió, lo que se imaginó y lo que quiso decir, dan como resultado la obra musical.

Entender la música en su más profundo significado, es posible cuando al que escucha se le desencadenan los mismos sentimientos, imágenes o pensamientos que al autor.

Cuando esto ocurre, no solamente la música es entendida, sino que además es perpetuado el universo que el autor transformó en sonidos.

Puesto que el hombre contiene a este universo, también se perpetúa al hombre.

Esto indica que el crear para que los demás sientan, es sólo un reflejo del deseo de inmortalidad.

De la hipocresía

Dime: ¿es socialista aquel que habla de la igualdad pero tiene esclavos, o aquel que ni los tiene ni habla?

Dime: ¿es más auténtico aquel que habla del amor al hombre pero hace distinción entre éstos, o aquel que ni hace distinción ni habla?

Dime: ¿es más inteligente aquel que habla acerca de los problemas sin ser capaz de resolverlos, o aquel que ni los tiene ni habla de ellos?

Dime: ¿es más sabio aquel que habla del conocimiento de uno mismo pero no se conoce, o aquel que no habla ni se desconoce?

Dime: ¿es más justo aquel que habla del amor pero no lo practica, o aquel que vive en él y no lo habla?

Dime: ¿es más consciente aquel que habla de la existencia de universos pero no se ha atrevido a desarrollarlos, o aquel que es un universo y no lo habla?

Dime: ¿sabe más sobre Dios aquel que habla de él pero no lo siente, o aquel que no habla pero lo siente?

Dime: ¿sabe más sobre sí mismo el que habla con las enseñanzas de un maestro, o aquel que ha buscado en sí mismo?

Del no obrar

Cuando los pasos intermedios son comprendidos.

Cuando los cambios que ocurren en el mundo son entendidos.

Cuando las transformaciones de los propios pensamientos son conocidas.

Entonces deja de existir la necesidad de obrar.

Sólo se admira lo que ocurre. Se reconoce en ese ocurrir una gran sabiduría.

Se intuye que esa sabiduría es mucho mayor que la que provoca el deseo de modificar.

Cuando esto ocurre se deja de hablar, se acaba el deseo por transformar.

Todo se convierte en maravilla de visión y sabiduría.

Del despertar

En el camino del despertar existen muchas tentaciones. La peor de ellas es la adopción de un método externo.

Cuando alguien piensa que un método lo va a desarrollar más que la búsqueda en sí mismo, queda indefectiblemente determinado a no sobrepasar un nivel. Aquel implícitamente asociado al método.

Basta observar la conducta del que piensa que para llegar a ser uno mismo es necesaria la utilización de un método, llámese marxismo, capitalismo, cristianismo, judaísmo, taoísmo, zen-budismo, ciencia, etc., para darse cuenta de la verdad de la limitación.

Esta persona no aceptará la posibilidad de existencia de otros métodos y de otros universos que no utilicen exacta y puntualmente el método que él ha escogido.

Manifestará conductas agresivas y violentas cuando alguien ponga en duda la bondad de su método o cuando manifieste opiniones que se alejen de la suya. Siempre argüirá la falta de conocimientos reales en su "oponente".

Nunca aceptará ni dará crédito a las palabras de quien lo ponga en duda.

Educará a sus hijos en el método que él ha decidido es el mejor.

Su vara de medida será lo que su método postula.

Opinará que toda la gente que utiliza otros métodos se encuentra dormida o muerta.

No verá nada a su alrededor sino aquello que le indica ver su método.

Valorará *a priori*, despreciando a los que no utilizan su método y alabando a los que lo usan aun sin conocerlos.

No se dará cuenta de su estado de dormido y más bien se autohalagará pensando lo mucho que ha avanzado... en su... "despertar".

Su máxima preocupación será saber su grado de despertar. Siempre estará en el futuro resultado y nunca en el presente.

Nunca se convertirá en hombre.

De la expansión de la conciencia

Despertar es expandir la conciencia.

Es comprender cada vez más lo que nos rodea.

Es dar cada vez más crédito a mayor número de entidades.

Es saber cada vez con mayor certeza que todos los estados de ánimo y todas las conductas son resultado de la lucha constante por alcanzar conocimiento.

Es conocer como prójimo a cada uno de los que rodean al ser.

Es saberse hombre y hermano de todos los hombres.

Es conocer la tierra y los planetas.

Es entender el sistema solar.

Es convertirse en Galaxia y luego en Universo.

El despertar es más que nada un expandirse.

Quien despierta se convierte en hombre de conocimiento.

Se transforma en conocedor del todo.

Como conocedor sabe las relaciones que guarda un evento con el otro.

Sabe cómo se relacionan los universos y cuándo éstos se encuentran en peligro de caer.

Conoce los métodos que los demás utilizan y también el resultado de su utilización.

Entiende que los demás son como él mismo y puesto que se conoce a sí, conoce a los demás.

A cierto nivel de expansión es posible prever el resultado de cualquier acción.

Es factible saber lo que sucederá y cómo sucederá.

En este nivel, cualquier evento futuro es resultado del acierto o del error de elección de quien se expande.

Es por ello que cada vez más el no obrar es norma de conducta. Puesto que es la mejor forma de no alterar la maravilla que nos rodea.

De las máquinas

El estudio del cerebro está llegando al punto en que se encontraba la física poco antes de la aparición de Newton o quizá de Einstein.

Cada vez está más cerca el instante en el que alguien encuentre el proceso básico de acuerdo con el cual funciona.

En ese momento empezará una nueva era sobre la tierra.

Se construirá una máquina que funcione de acuerdo con el proceso básico y que sea capaz de mejorarse a sí misma.

Si en términos de tiempo evolutivo el hombre apenas hace poco apareció sobre la tierra, la máquina consciente —como nueva especie— sobrepasará en forma vertiginosa todo el dominio humano y se seguirá mejorando.

Ésta es por lo menos una posibilidad evolutiva.

La otra posibilidad es el desarrollo del ser humano sin la aparición de la especie máquina.

Cada una de las dos posibilidades es defendida por dos corrientes de pensamiento y ninguna de las dos se dará por vencida.

Ésta será la base de la lucha más sangrienta y rabiosa de toda la historia de la humanidad.

Del dar

Cuando uno piensa que todos están despiertos da crédito.

El dar crédito es la completa seguridad de que lo que hacen los otros, no es azar ni es simplemente hacer. Es en cambio parte de un camino hacia el despertar.

En ese momento todo cambia, todo de lo que el otro hace o dice tiene sentido. Todo se explica y todo se comprende. Es la entrada a una nueva concepción más evolucionada, más madura, más responsable.

De las explicaciones

Existen dos niveles diferentes de explicación.

En uno de ellos, el más primitivo, lo único que se pretende es presentar las relaciones existentes entre variables.

En el otro, el más avanzado, una explicación es solamente el intento de transmisión de una experiencia.

La misma palabra —explicación— tiene dos significados.

Si dos personas tratan de encontrar la *explicación* a un fenómeno, siendo que lo que entienden por explicación es diferente, lo que ocurre es que no se entienden.

En términos de vocabulario, emplean el mismo, pero en términos de igualdad de nivel, la diferencia es máxima.

Uno no da crédito mientras el otro sí lo da.

Para llegar

Cuando se llega, desaparece toda fantasía y todo se vuelve real.

Ya no se piensa en lo bello que sería sino en que lo bello existe todo el tiempo.

Cuando se llega, deja de interesar llegar, puesto que ya se está allí.

Llegar significa darle crédito a todo, es decir, comprenderlo con la certeza que da la falta de dudas.

Las personas que llegan, son.

Dejan de interesarles los poemas pues viven la poesía.

Para llegar es necesario llegar, no hay otro método.

Para llegar a llegar, sirve saber que todos son.

Del darse cuenta

El hombre está llegando a su madurez. En ella muere como sometido a las leyes naturales y nace como dueño de la creación interna.

El momento se acerca, basta oír la nueva música y ver a la vanguardia, para dejar de tener dudas. Durante toda su historia el hombre se ha construido mundos. En ocasiones monumentales; ha cambiado de estado.

Los mundos han sido variados, desde la adoración por la naturaleza hasta la creencia en un Dios externo. Todos ellos se han destruido; se les ha encontrado fallas y han muerto. Pero ya queda poco por matar, quizá la sensación de ser o la aparición de una idea.

Cuando lo que queda de juego desaparezca, cuando la esencia tome el lugar de la mentira, entonces ocurrirá y nada lo podrá frenar. Los cambios de estado han sido dos, el primero cuando aparece la conciencia y el segundo —el que se acerca— cuando todo se convierte en delicia absoluta.

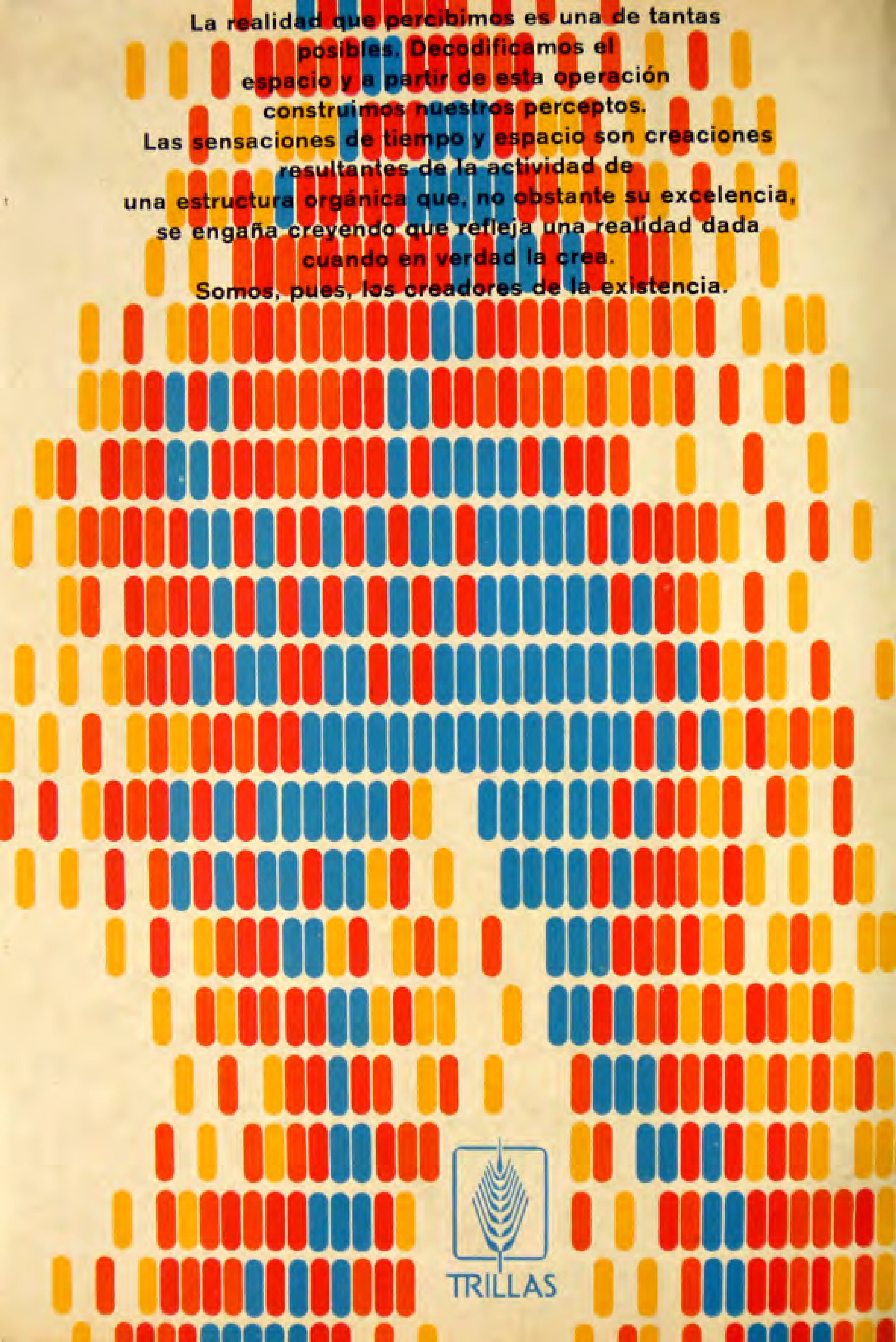
En permanente estado de totalidad y en goce total.

Cuando lo que se desee sea y lo que es sea lo deseado.

Todo comienza al darse cuenta que los otros son, al desaparecer la fantasía y aparecer la realidad.

Morir para no morir.

Dar crédito a lo que aparece.


La realidad que percibimos es una de tantas
posibles. Decodificamos el
espacio y a partir de esta operación
construimos nuestros perceptos.
Las sensaciones de tiempo y espacio son creaciones
resultantes de la actividad de
una estructura orgánica que, no obstante su excelencia,
se engaña creyendo que refleja una realidad dada
cuando en verdad la crea.
Somos, pues, los creadores de la existencia.
TRILLAS